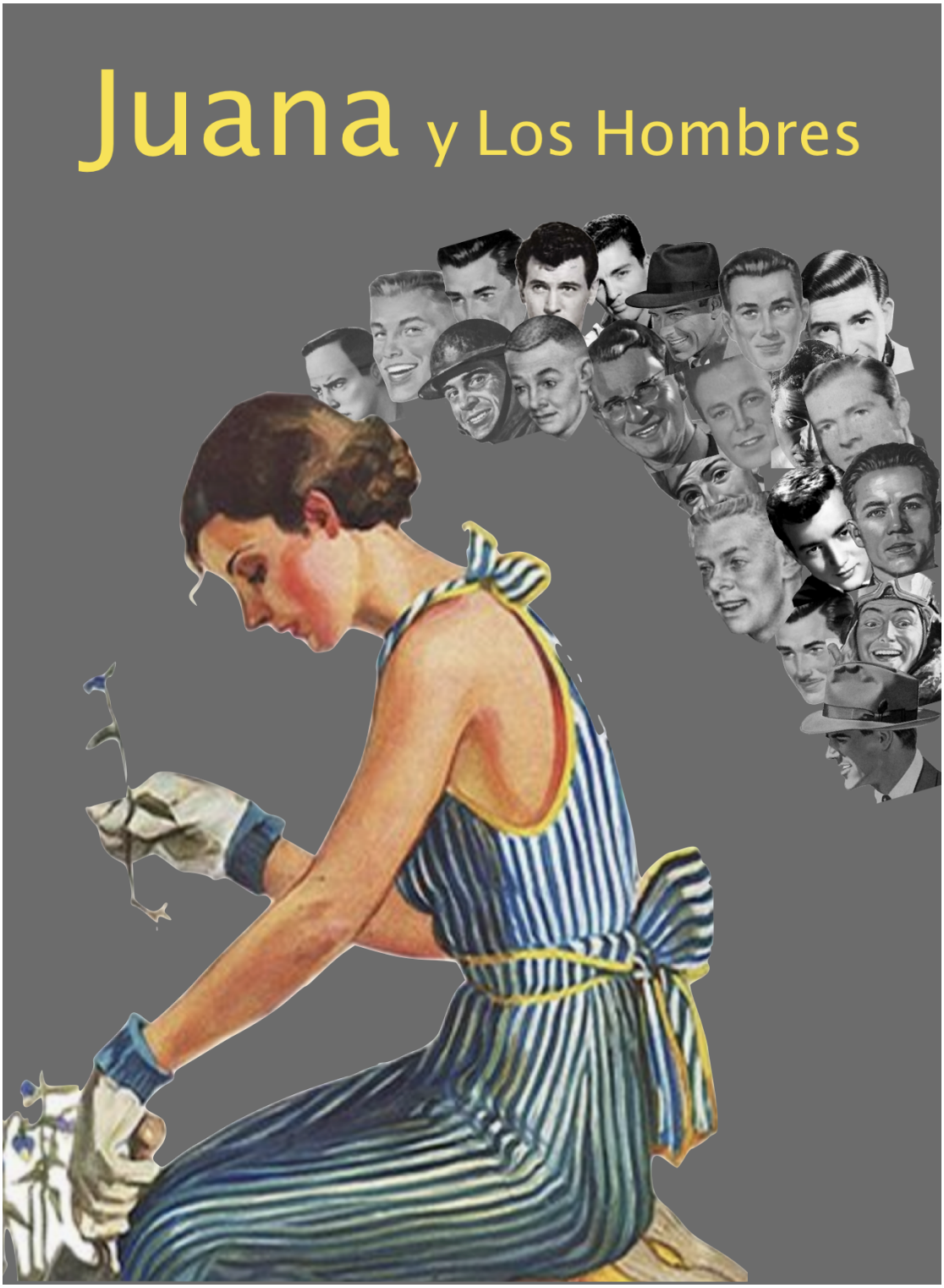
Juana y los Hombres

Sofia Lustig



Capítulo 1

Patada de Búfalo

Por supuesto que mi plan nunca fue encontrar al amor de mi vida por medio de una App. Igual la descargué, un sábado a la tarde, mientras miraba televisión en casa de mi papá. Afuera llovía y hacía mucho frío, y pasar el fin de semana con él poniéndome al día y mirando películas me resultaba un re buen plan. El comercial de la App salió en la televisión y era tan malo que me dio vergüenza. Sin estar mucho en tema, me di cuenta de que se trataba de un spot de muy bajo presupuesto. Una canción cursi, un logo que se movía a lo largo y ancho de la pantalla y una voz en off. Me recordó un poco a las presentaciones en PowerPoint que tenía que preparar en el despacho.

En términos de efectividad, igual, creo que fue muy bueno, porque horas más tarde, mientras me lavaba los dientes, todavía me resonaba la canción melosa de Ricardo Arjona en la cabeza, y la voz en off que decía: "Descargá Happn… Nunca es tarde". Seguro que para alguien de casi cuarenta que jamás se casó ni tuvo hijos, ese fuera de los eslóganes más convincentes. Acostada en la cama, agarré el celular y descargué la aplicación. Me entretuve un buen rato eligiendo una foto de perfil en la que me viera linda, y me dispuse a examinar la oferta masculina. En mi mente, todo se desarrollaba de forma práctica. Carlos, sí. Cuarenta y cuatro, a tres kilómetros de distancia y tiene una foto… digamos que agradable. Mauricio, no. Samuel, no. Ignacio… mmmh, podría ser; está bien, pero algo no me termina de convencer. Sus hobbies… ¿Taekwondo? ¿Fortnite? Mmmh… me parece que mejor no. ¿Estaré siendo muy estricta? Okay, bajamos un poco la vara. Adrián, Patricio, Sebastián… Sí, sí, sí. Listo.

El bip en el teléfono me notificó un primer match y casi pegué un salto de la emoción. La adrenalina que trae la tecnología me inyecta juventud.

Mi primer match fue con Carlos, de cuarenta y cuatro, que me escribió de inmediato.

—Hola.

—Sos mi primer match.

—¡No puede ser! Con lo linda que sos…

—Es que esta es la primera vez que uso la aplicación.

—Ah, entonces es especial. Lo nuestro, digo.

Aparte de que se veía bien en la foto de perfil, el comentario me resultó simpático.

Le respondí con un "ja, ja", dejé el teléfono sobre la mesita de luz, traté de dormir, y al cabo de unos minutos recibí otra notificación. Carlos de nuevo. Por un momento pensé que tal vez era algo especial, o tal vez nunca pasaba nada interesante en mi vida y cualquier cosa la interpretaba como un gran acontecimiento.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Estoy en mi casa, tranquila.

—Yo también. Estamos muy cerca. ¿Querés que te pase a buscar?

"Los tiempos en Internet son diferentes", me explicó alguna vez Carina, mi compañera de trabajo, y ese día lo estaba confirmando. De un momento a otro, todo pasaba. ¡Qué maravilla!

—Pero estoy en pijama —le dije.

—Yo también.

Le pregunté por su apellido y lo busqué en Google, solo para corroborar que se trataba de una persona real. Eso hacía Cintia todo el tiempo. "Nunca confíes en alguien a quien no encontrés en Google", me dijo una vez. Me topé con alguna que otra foto de él y links a un par de redes sociales privadas. Según el buscador se trataba de una persona común y corriente, y eso me dio tranquilidad.

Tal vez después de todo si se tratara de algo especial. Tenía que sacarme la duda. Acepté que pasara por mí, me puse la campera encima del pijama rojo, y salí hacia el portón de entrada. Un Ford Focus me esperaba en la calle con las luces intermitentes prendidas. Lo vi a través del parabrisas. Me desabotoné la campera con vergüenza para mostrarle que abajo traía el pijama -que ahora veía que de tanto que lo había lavado estaba lleno de pelotillas - , y él me mostró el de él, y nos reímos. Me hizo una seña para que me acercara y bajó el vidrio de la ventana del acompañante.

—¿Te llevo, linda? —me preguntó sonriente.

Por primera vez lo miré a los ojos, separados y chiquititos. Era un tipo maduro pero muy bien "mantenido". Se notaba que se cuidaba mucho. El

auto estaba impecable —igual que él—, traía el pijama perfectamente planchado, y tenía el pelo engominado hacia atrás.

Fuimos a un bar de la zona. No solía salir mucho, pero sabía que el lugar era un clásico del barrio. Su nombre era Patada de Búfalo y esa noche descubrí por que: Preparaban un shot con Jägermeister y licor de anís que, como su nombre bien anticipaba, pegaba fuerte. Pasamos una noche agradable. Él no se cansó de mirarme de cerca y decirme que era hermosa. Me dijo que le encantaban mis dientes y que tenía una boca muy sensual. Yo le expliqué que la luz tenue del lugar me ayudaba. Él hacía una mueca al hablar que me parecía atractiva, pero no se lo dije. Después me contó que amaba cocinar y, tres Patadas de Búfalo más tarde, me invitó a su casa a picar algo. Su estudio estaba aún más pulcro que el auto y olía igual de bien que él.

Me hizo sentar en el sillón mientras recalentaba sobras de un salmón ahumado que había cocinado esa tarde. Miré alrededor. Una casa minimalista. No tenía fotos, ni libros, ni nada. Solo vi tres ramos de flores blancas en un rincón, y una vela del mismo color. Se acercó enseguida con una copa de vino tinto y una toallita desinfectante. Antes de darme la copa, me limpió las manos, asegurándose de que el paño pasara entre todos los dedos. Después lo tiró a un cesto que estaba junto a la mesada.

—Sos medio maniático de la limpieza, ¿No? —le pregunté curiosa, y él asintió. Me di cuenta de que no estaba hablando con mucha claridad, producto de la Patada de Búfalo.

En ese mismo momento me dio un beso. Nos olvidamos de la comida y nos fuimos a la cama. Estaba armada muy prolija, y las sábanas olían a lavanda. Nos enrollamos y dimos vueltas como un trompo, y yo sentí que tenía quince años. Después nos sacamos loa pijamas y metimos abajo de las sábanas, que estaban tan ajustadas que apenas cabíamos. Desde ahí adentro nos movimos como pudimos, y tuvimos sexo abrazados, sin lugar para explorar. Más tarde, aún desnudos en la cama, me abrazó desde atrás. Yo, con los ojos cerrados, iba quedándome dormida.

—Sos hermosa, ¿Sabías? —me dijo una vez más mientras me besaba y acariciaba el cuello. Yo, entregada a la somnolencia, me reí. Caí en un sueño corto y liviano, que se vio interrumpido por su respiración, cada vez más intensa. Después me apretó bien fuerte contra su pecho, me dio un beso y me succionó el cuello. Desencajada, abrí los ojos.

—¡Ay!, con cuidado. Me estás lastimando.

Él me dejó de besar, y -como si ya no hubiésemos estado lo suficientemente pegados- apretó su cuerpo contra el mío con fuerza, estilo boa constrictor. Me quedé quieta, como la presa sofocada que finge estar muerta para despistar al depredador y poder escapar, y cuando

pensé que la situación no podía volverse más incómoda, me sacudió con la siguiente declaración:

—Sos tan preciosa... Te pareces a mi mamá.

Me di vuelta enseguida.

—¡¿Qué dijiste?!

Me manoteó la cara para que volviera a la primer posición, y me volvió a succionar el cuello. Entrelazó con fuerza sus piernas con las mías. En mi espalda sentí su erección, como un sable, oprimiéndome la base de la columna. Con los brazos me presionaba el pecho, y yo empecé a sentir que no podía respirar.

—Basta. ¡Soltáme! No quiero —le dije, y empecé a patearlo.

—Perdón, perdón. No te quiero espantar. Pero creo que te amo.

Con fuerza que no sabía que tenía le pegué un codazo en el mentón, y logré vencerlo y sentarme en la cama. Me miró fijo mientras se sostenía la quijada con exageración, y yo, con miedo, busqué mi ropa y me empecé a vestir.

—Perdón, no sos vos. Es que casi son las cinco y tengo cosas que hacer temprano —le dije, tratando de salir la situación.

—¿Un domingo? Pensé que sería lindo quedarnos en la cama toda la maña.

Sin contestarle, ya temblorosa, me paré rápido y con el descuido volqué la copa de vino que estaba sobre la mesa de luz.

—¡¿Qué estás haciendo?! —me preguntó. Ahora se veía enojado.

El vino tinto se derramó sobre las sábanas blancas, y la copa cayó al piso y se rompió en mil pedazos. El no pudo disimular la bronca.

Caminé descalza sobre los vidrios que estaban en el piso sin sentir dolor, posiblemente por la adrenalina que me corría enloquecida por el cuerpo. Crucé rápido hasta la sala, donde agarré mis zapatos y la campera, dejando un camino de sangre a mi paso.

—¡¿Sos estúpida?! ¡Me estás ensuciando todo! ¡Te voy a matar!

Sin pensarlo demasiado, corrí hacia la entrada y logré agarrar el manojo de llaves que estaban puestas del lado de adentro de la puerta. Salí y la trabé desde el pasillo. Pegué mi cabeza a la madera con alivio y escuché

como del otro lado, agitado, nervioso y lloriqueando, intentaba abrirla con fuerza.

—Perdón —me dijo con la voz quebrada—. Volvé. Estás sangrando. Dejá que te ayude.

Me concentré en calmar la respiración para que no me escuchara desde el otro lado. Encontré la llave de entrada del edificio en el manojo de llaves, y pude salir. Todavía sin sentir los vidrios incrustados en los pies, corrí descalza los tres kilómetros hasta casa de mi papá. Cuando llegué, lo encontré tomando café con leche en el comedor. Me miró con ojos preocupados. Yo tenía las plantas de los pies en carne viva.

—Te llevo al hospital —me dijo, sin preguntar nada.

Nos subimos a su auto y por el espejo del acompañante noté que tenía el cuello lleno de moretones. Me temblaban las piernas y me ardían los pies. Mi papá me dio una palmada suave en la rodilla.

—Yo te cuido —me dijo, y otra vez me sentí de quince años.

Capítulo 2

Celulitis en el cuello

Confieso que, después del último episodio, quedé algo traumatizada.

—¡No! ¡Tené cuidado! Conocer gente por internet puede ser peligroso. Lo mejor es que sea a través de amigos. El famoso "amigo de un amigo". Nunca falla.

Carina me hablaba con conocimiento de causa. Llevaba siete años casada con el mejor amigo de su primo. Yo la escuchaba con atención.

—Hacerlo a través de un amigo te garantiza un primer filtro; un filtro natural, mucho más confiable que el que te pueda hacer una Aplicación.

¿Qué sería de mí sin ella? Carina no era directamente mi asistente, pero me ayudaba mucho.

En mis treinta y nueve años salí con muy pocos hombres, jamás me enamoré ni estuve en una relación. A diferencia del resto de las mujeres que conozco, nunca me interesó casarme ni tener hijos. A veces pienso que hay algo en mí que está mal. Que está roto (espectro? No es roto. Es diferente).

Trabajo para la misma empresa desde hace 17 años. Pasé por varios cargos. Empecé en un cubículo, y hoy estoy a cargo del área de Recursos Humanos. Con linda oficina y ventanal propio. Mejorar y expandir la descripcion de la oficina. Construir un poco más como es este espacio. Tengo un buen sueldo y soy dueña del departamento en el que vivo. No me quejo.

—¿Y tenés a alguien para presentarme?

Carina se tomó un momento para pensar.

—Creo que sí... — ella siempre buscaba ofrecerme soluciones.

—¿Creo?

—Más que creo. Es perfecto para vos.

Me mantuve unos segundos en silencio. Nota: describir que pensaba

mientras estaba en silencio. Su mundo interior.

—Bueno. Decime quien es.

—Alguien de mi entera confianza, el contador de mi familia.

La miré descreída y me fuí a la oficina a responder mails.

—¡ Confiá en mí!— me alcanzó a decir, antes de que la puerta de mi despacho se cerrara por completo.

Me senté y prendí la computadora. Mientras veía notificaciones de mails entrando fuera de control, mi mente empezó a deambular (buscar otra palabra?). ¿En esto se convirtió mi vida? Comer, dormir, y contestar mails. Saqué la calculadora y me dispuse a hacer cuentas: Todos los días paso entre dos y tres horas seguidas contestando mails. Un aproximado de dos punto cinco horas a la semana, cincuenta al mes, seiscientas al año. Seiscientas horas o veinticinco días, a lo largo de diecisiete años, equivalen a cuatrocientos veinticinco. ¿Pasé un año y dos meses de mi vida respondiendo mails? Cuando llegué a esa conclusión, empujé la calculadora. Un año y dos meses de "Saludos cordiales" a "estimados" directores, clientes o coordinadores, la mayoría de los cuales ni siquiera conocía personalmente.

Actualicé la casilla y entraron quince correos nuevos. El más reciente era de Carina, y decía: "Confiá en mí". Siempre confiaba en ella. Clickié en el título ansiosa, como si ahí dentro estuviese la solución a todos mis problemas.

"Le acabo de escribir y dice que está interesado en conocerte", decía el cuerpo del mensaje. "Es muy buena persona."

Le contesté aceptando, pero poniendo algunas condiciones: Ella tendría que organizarlo todo y, a diferencia de la cita anterior, ésta tenía que ser de día y sin alcohol.

Carina se ocupó de coordinar el encuentro, a las cinco de la tarde en un café.

Esteban era igual de alto que yo, estaba vestido en tonos pastel, y tenía el pelo rubio oscuro y unos ojos diminutos. Cuando me vio me dijo "Hola" y extendió la mano, como si en lugar de una cita, se tratara de una entrevista de trabajo. Le seguí la corriente y lo saludé con una mano firme; yo no tenía experiencia en citas, pero sí en reclutamiento laboral. Pedimos café y emprendimos una conversación de lo más acartonada, en la que tratamos de buscar similitudes en donde no las había. Seguí el mismo procedimiento que usábamos en la empresa para entrevistar a posibles candidatos: Nombre completo, fecha de nacimiento, estudios,

habilidades especiales, aspiraciones y hobbies, entre otras categorías. Llené el formulario en mi cabeza, y todas sus respuestas desentonaban con las mías: Él era del norte y yo del sur. Yo tenía siete hermanos y él era hijo único. Él amaba el fútbol y yo no lo entendía. El veneraba la carne roja y yo era vegetariana. Lo único en lo que estuvimos de acuerdo fue en que el café era horrible. Se notaba que Carina no tomaba café.

—En mi departamento tengo una máquina de espresso. La de las cápsulas. —me dijo Esteban.

—Ah, ¿Si?

—Vivo a unas cuadras. ¿Querés venir?

Me tomé un momento para mirarlo: Los pantalones caqui, el pelo partido al medio, los lentes de lectura colgados al cuello, las manos sudorosas. Cien por ciento inofensivo. Acepté la invitación pensando que ver en donde vivía me ayudaría a completar mejor el formulario mental. Además, quería sacarme el sabor a café de filtro de la boca.

Su casa era un tanto desabrida, como él: Alfombra beige, cortinas de estampa cuadriculada, muebles insulsos. Sin embargo, ahí me sentí cómoda. Mientras Esteban preparaba el café, con su mano libre prendió el televisor. Genio del multitasking.

—¿Qué te gusta ver? —me preguntó, y se dispuso a hacer zapping.

—No miro televisión. Cualquier cosa me parece bien.

Esteban se detuvo en un canal en el que pasaban una comedia romántica de los 90's. Una de Julia Roberts. Me encanta Julia Roberts; sin ser convencionalmente hermosa, opaca a todas las demás.

Por todos lados había pelo de gato. Tenía tres: Coque, Gaspar y Serafín, y eran grandes y gordos. Cuando Esteban me acercó la taza, noté que tenía rasguños en los brazos y celulitis en el cuello.

En la televisión, una publicidad anunciaba un medicamento para tratar la artritis en el que una pareja mayor paseaba en una bici doble por una pradera. La mujer iba adelante, sonriente, y en la canasta de la bicicleta, un gato gris y blanco.

—Se parece a Serafín —dijo Esteban.

Nos imaginé a los dos, veinte años más tarde, subidos a esa misma bicicleta, aunque para los tres gatos gordos la canastita no sería

suficiente.

—¡Que diferencia! El café de cápsula y el de filtro no tienen comparación —le dije.

—Totalmente. —contestó él, sin dejar de mirar la pantalla.

Habíamos encontrado nuestro primer punto en común. Después de veinte minutos de película, otra publicidad. Con la cara enfocada en la televisión, Esteban aprovechó un movimiento para acariciarme el brazo.

Volteé a verlo y se excusó.

—Te confundí con Serafín — me explicó, alejándose, y yo lo miré con simpatía.

Seguimos mirando publicidades, y después dije algo que hasta a mí me sorprendió.

—Mostrame tu cuarto.

—¿Mi cuarto?

—Sí, quiero verlo.

Él se levantó del sillón.

—Por acá.— me guió, y detrás nos siguieron los gatos.

Esteban abrió la puerta de su habitación: Zapatos tirados por los rincones, un espejo de cuerpo completo contra una pared, una tela de araña junto a un televisor chiquitito, un mueble viejo con portarretratos llenos de polvo.

—Disculpá el desorden. No esperaba tener visitas.

Pero el desorden no me molestó en lo absoluto. Apenas lo noté, porque mi atención estaba puesta en su cama individual. Nunca había conocido a una persona de más de diecisiete años que durmiera en una cama individual. Evidentemente él, como yo, ya se había acostumbrado a la vida de solo. Me senté en la cama y lo miré levantar la ropa del piso. Se movía de manera tosca, y eso me dio dulzura.

Me senté en la cama, y los gatos gordos se me subieron a las piernas. Le hice una seña a Esteban para que se sentara conmigo, él se acercó con timidez, y lo abracé.

Capítulo 3

Los Swingers

«Tu cabeza es una licuadora», me dijo un muchacho hace casi veinte años en un antro, y me tomó por sorpresa. A mi entender, estábamos teniendo una conversación profunda e interesante, y para él evidentemente no. Basciamente me estaba diciendo que estaba loca. Aquella fue la primera vez que alguien me hizo sentir rebuscada. Ahora, a los cuarenta años, me volvía a pasar algo similar.

Fue al cumplir un mes de estar saliendo con Esteban. ¿Que por qué seguía viéndome con él? Posiblemente por apatía o falta de opciones. A veces las cabezas que carburan y giran como una licuadora necesitan partir en busca de calma. Si yo era una licuadora enajenada, Esteban era una exprimidora de naranjas manual: operativo y funcional, sin mayor cablerío. Como buen contador, tenía la cabeza completamente ordenada. Éramos tan incompatibles como inofensivos y esto nos garantizaba encuentros prácticos e indoloros. Mirábamos películas y salíamos a caminar. También hablábamos de cómo había sido nuestro día y a veces nos contábamos chistes. No estaba enamorada, pero eso me parecía un dato menor. No había encontrado al amor de mi vida, pero sí algo mejor: un compañero con quien envejecer, y eso significaba que ya no tenía que seguir yendo a citas horripilantes. ¡Gracias, Carina! Una vez más, me alivianabas el trabajo.

En esta salida en particular, Esteban me presentó por primera vez a sus amigos. Un grupo muy grande, para mi asombro. Esteban era tan callado, que jamás lo habría imaginado teniendo una gran vida social, pero la tenía. En el grupo eran diecinueve, y siempre estaban en comunicación. Se conocieron en la secundaria y, a pesar de que la mayoría estaba casado y había tenido hijos, se seguían comportando como adolescentes. Esteban era el único soltero del grupo y entre todas las parejas era como si lo hubiesen adoptado. Y es que ¿quién no lo acogería? El era el que llegaba a tiempo a los cumpleaños, bañado, perfumado y con regalos. Era el tío de todos los hijos y pronto intuí que hasta las mujeres de sus amigos secretamente lo pretendían. «¿Por qué no serás más como Esteban?», le mencionaría más de una a su marido, en un asalto de enojo.

Noté a vararias cuchichear cuando llegué a la parrillada tomada de su mano. Esteban mantenía al grupo unido, lo articulaba siendo, él, el atento, el que nunca tomaba de más, el que hablaba poco pero decía lo correcto y el que organizaba los planes. Rapidamente entendí que su función dentro del grupo era fundamental. También sospeché que varios temían que él comenzara una relación formal porque entonces dejaría de serles tan entregado. Fuimos los últimos en llegar y nos tuvimos que

apretujar para caber en la mesa.

En la reunión me sentí observada. En especial por Daniel, el «parrillero designado». Por estar junto al fuego, era el único descamisado, y me daba cuenta de que se esforzaba mucho en mantener el abdomen apretado. Se acercaba a mi esquina de la mesa con repetición, ofreciéndome cada nuevo corte de carne con gran afán. Al otro extremo se sentaba Lucila, su mujer. En su falda estaba su hijo Valentín, de siete años. Ella le cortaba la carne e intentaba dar de comer en la boca, y él miraba hacia abajo, cohibido. Debajo de la mesa, un par de perros desfilaban husmeando en busca de algo que mascar. Otros niños, de edades diversas, correteaban por el jardín, jugando divertidos. Dentro del grupo, también, divisé a la pareja cool, que era la que coordinaba la música y preparaba los tragos. Contaban historias entretenidas y fumaban cigarros en cadena. Esteban no decía mucho, pero yo notaba que se sentía «en casa».

De un momento a otro el parrillero, ya cansado, quiso acoplarse a la mesa y, para eso, me pidió que le hiciera un lugar junto a mi en el banco. Me moví tras su pedido, pero él igual me empujó un poco. Nuestras piernas se apretaron. El calor del día de sol sumado al del fuego de la parrilla, provocaban que entre la piel se nos formara una lámina de sudoración. Además, su axila rozaba mi hombro cada vez que se estiraba en busca de salsas o ensalada. Tenía la cara colorada y lo noté exaltado. De todos, probablemente fue el que más cervezas había tomado. La mesa era tan grande que era difícil concretar entre todos una conversación general. Esteban se levantó para acompañar a una de las niñitas hasta los columpios, dejando más lugar en el banco para sentarnos cómodos; y esto suscitó la tan anhelada emancipación de nuestras piernas, ayudando a la respiración de los poros de mi piel.

El parrillero se interesó mucho en hablar conmigo, me hablaba muy de cerca y casi a los gritos. Me hizo preguntas de todo tipo, desde mi signo zodiacal hasta la escuela a la que fui, mi trabajo, mis hobbies y mis inclinaciones políticas. Me contó también, con mucho orgullo, que hacía poco había formado una banda de rock con algunos de sus amigos. Él tocaba la batería, disciplina que había aprendido en la secundaria y que ahora reanudaba, después de tanto tiempo. «Y es que criar hijos es un trabajo *full time*. Por eso tuve que poner a un lado mis sueños por un tiempo. Pero nunca es tarde para volver. ¿Sabes?». Se interesó en explicarme. Su aliento intenso a carne y ajo me calaba la cara y me observaba a los ojos con tal profundidad que me dejaba intranquila. Era la hora de la sobremesa y Julieta, mujer de otro de los amigos —y vocalista de la banda—, trajo a la mesa dos grandes pasteles. Los niños se acercaron y, en fila, esperaron ansiosos su pedazo. Esteban ayudaba a cortar las porciones y a repartir cubiertos y servilletas. En el otro extremo, Lucila y Valentín se ausentaban, dejando como única pista de su paso un

plato de carne fría.

Por mi extremo, la conversación con el parrillero se intensificó cuando se alentó a preguntarme si tenía hijos. Yo, con naturalidad, le contesté que no. Luego me preguntó si esperaba tenerlos pronto, a lo que le respondí que no estaba en mis planes de momento. «Pero… a tu edad… ¿Qué estás esperando? Procrear es parte de la esencia del ser humano. Es nuestro destino». Se apuró a anunciar. Yo asentí como quien le responde a un demente o a un embriagado que no conoce acerca del respeto al espacio personal. «Pero entonces, con Esteban, ¿cuáles son tus intenciones?», se atrevió a disparar momentos después, algo exacerbado. Le contesté que no lo sabía concretamente, pero que eran buenas. «Una mujer de tu edad que no quiere seguir su destino es una descarriada. Los hijos son una bendición» continuó áspero, predicando. Yo seguí asintiendo hasta que me dolió el cuello. «¿Sí qué? ¿Estás de acuerdo conmigo o me estás dando el avión?». «Estoy de acuerdo. Los hijos son maravillosos». Afirmé con entereza, mientras me fui incorporando, buscando sortear el momento. Él me miraba confuso, con la misma cara con la que me miró hacía casi veinte años ese muchacho en el antro. La reconocí enseguida; era ese gesto de dificultad, que trata de entender, pero a la vez juzga y condena. Nunca comprendí a la gente que disfruta diciéndole a desconocidos lo que tienen que hacer. El muchacho del antro me había arrinconado con la intención de darme un beso y luego abortó misión cuando se dió cuenta de que yo era «mucho trabajo». Esta vez, en cambio, se trataba de un hombre casado quien, en presencia de su familia, se sentía con el derecho de acercarse a la mujer que acompañaba a su amigo con, primero, aires de coquetería y luego intenciones de evangelizar. Este hombre intentaba inculcarme el valor de la familia, cuando en su ebriedad no había advertido que su único hijo hacía rato ya que se paseaba por abaho de las mesas junto a los perros, eligiendo la caca de estos por sobre el plato de comida. ¿Por qué tenía que pasar tiempo escuchando consejos de este semejante, cuya mayor ilusión era la de concluir su sueño adolescente de tocar en una banda, a la que, en contra de su supuestos principios conservadores, había llamado *Los Swingers*? ¿Dónde estaba Esteban para rescatarme? Lo busqué incesante, y lo vi de lejos, del otro lado de la ventana de la cocina. Estaba junto a Lucila lavando los platos y compartiendo risas. Pensar que mi relación con Esteban implicaba relacionarme con personajes como Daniel por extensión me generó aversión. Después de todo, tal vez «práctico» e «indoloro» no sean adjetivos que vayan de la mano de ninguna relación.

Capítulo 4

Galope lateral

En este último tiempo la relación con mi padre afianzó mucho. Desde siempre él había sido un aficionado a las bicicletas y en nuestra infancia solía llevarnos a mis hermanos y a mí a rodar desde temprano los domingos. Durante la "Bicicleteada Dominical", cada quien tenía la imposición de vestir del mismo color de su bici. (De haber existido los Power Rangers en ese momento, hubiésemos sido muy populares). Salíamos en familia y mi padre siempre se colocaba atrás, para tenernos a todos supervisados. Como si se tratase de un superpoder, voceaba el número de cambio de velocidad a la que nos tocaba pasar, y así avanzabamos todos en sincronía.

Cuando esta vez me preguntó si quería salir a andar en bicicleta con él, no lo dudé. Ahora, yo con cuarenta y él con más de setenta, la salida se tornaba un poco más descontracturada. Se trataba más bien de un paseo y volver a compartir algo así me resultaba un plan precioso. Después de andar en bicicleta Esteban vendría a casa de mi padre y almorzaríamos los tres juntos. Que se conocieran me generaba ilusión, pues en toda mi vida jamás le había presentado un pretendiente a mi papá. Finalmente, la relación se volvería formal, y así tal vez mis hermanos dejaran de hacer conjeturas secretas acerca de mi inclinación sexual.

Me cité en casa de mi padre temprano en la mañana y desde allí partimos a pedalear por la zona. Muchos recuerdos tornaron a mí en cuanto pasamos por la puerta de mi escuela secundaria, bares y restaurantes que frecuenté y las ex casas de amigos de la infancia. Me daba cuenta de que él también lo estaba pasando bien por la manera en que entrecerraba los ojos para recibir el viento que le acariciaba la cara, blanda de dicha. Nos tocó ir barranca abajo y yo pedaleé en reversa con exaltación, como hacía cuando era chica, sin considerar que la bicicleta estaba vieja y falta de mantenimiento. De un momento a otro la cadena se salió de su lugar, perdí el control y caí contra el pavimento. Sentí que la caída se dio en cámara lenta y por suerte solo tuve un par de rasguños. Mi padre vino de inmediato a socorrerme. Me preguntó si estaba bien, y yo asentí. Después vi en sus ojos algo de felicidad cuando me dijo: «Yo lo arreglo». Mientras con esfuerzo volteaba mi bici para apoyarla sobre el manubrio y el asiento, le pregunté si necesitaba ayuda, y me contestó que no. Me senté en la banqueta, como en mi infancia, para verlo intentar arreglar la cadena, sin gloria, y cada vez más engrasado. «Estamos cerca de una gasolinera», pronuncié veinte minutos más tarde, cuando vi que se le complicaba la tarea. Volteó a verme una vez más, y ahora noté que fue con enojo. «¿Sabes la cantidad de veces que hice esto? Incontables.

Dame un rato más».

Marchaba la mañana y el sol se volvía más fuerte y fastidioso. Mientras él mantenía un romance con el plato de la cadena, yo miraba a la gente y a los autos que pasaban. Por aburrimiento, me empecé a trenzar el pelo, con la intención de conseguir el mismo look que usaba de niña. De un momento a otro, una camioneta grande y blanca paró frente a mí y vi bajar la ventanilla eléctrica del lado del acompañante. El conductor me miró de frente e hizo una seña para que me acercara al auto, pero yo no llegué a entenderlo; el calor me aturdía y sofocaba. El hombre marchó en reversa y aparcó la camioneta a un lado, se bajó y caminó hacia mí. Traía una enorme sonrisa blanca incrustada en la cara que contrastaba con la barba espesa que la circundaba, y unos chinos guresos que se alborotaban con la brisa. Vestía un sacón largo color verde furioso y unas botas negras de plataforma que lo hacían ver como una torre, puesto que ya era altísimo de por sí. Aun con este look extravagante, el no me daba miedo. Algo en él me resultaba amable. Traía en sulamano una botella de agua y me la ofreció. Aunque tenía sed, no se la acepté. Luego se acercó a mi papá: «¿Lo puedo ayudar, señor?». Mi padre vió la botella de plástico que traía en la mano y le pidió un sorbo. «La cadena me está causando problemas», exclamó por lo bajo. «Sí, es una Shimano». Mi padre volteó a verlo. «Conozco un lugar aquí cerca donde se la van a poder colocar sin problema». No logré escuchar mucho más de la plática, pero, para mi sorpresa, mi papá aceptó su ayuda.

—Máximo, mucho gusto —se presentó el hombre, primero con mi papá y después conmigo.

—Antonio, el gusto es mío —le contestó mi papá, apretandole la mano.

Algo en este hombre me resultaba simpático y me di cuenta de que hasta mi papà sentía una especie de atracción por él. Era una de esas personas cálidas que se sienten cómodas en su seguridad. Que mi padre hubiese aceptado su ayuda con tal liviandad me generó confianza; él no se brindaba de esa forma con todo el mundo.

Guardamos las bicicletas en su cajuela y nos subimos a su camioneta. El vehículo, limpio y espacioso, olía a gardenias, que eran las flores preferidas de mi mamá. Mi padre se sentó delante y yo atrás, donde tuve que correr una montaña de cubos Rubkix de los asientos para poderme acomodar . «Son de mi hija» puntualizar, siempre sonriente. Luego, en el camino, la conversación se volvió de lo más natural.

—¿Vamos muy lejos? —preguntó mi padre.

—No. De hecho es aquí, sobre la avenida.

—¿Bicimundo? —agregó él. No había bicicletería en la zona que él no conociera.

Máximo volteó a ver a mi padre con entusiasmo.

—¡Así es, señor!

—Los mejores repuestos del país… —agregó mi padre.

El otro asintió.

Máximo estacionó frente al local, justo en donde un cartel lo prohibía, y mi padre se lo señaló.

—No pasa nada. —respondió el otro sin titubear.

Los dos nos miramos confusos.

—Soy el dueño del local. Tengo un permiso. —agregó.

Aquello era lo único que faltaba para que mi papá se terminara de encantar.

Una vez dentro del local, me sentí en un antro. Las persianas cerradas no dejaban pasar la luz del día. Música disco sonaba a todo volumen y había luces de colores que se prendían y apagaban. En sus tres pisos, el local tenía bicicletas y accesorios de última generación, y entrar con las nuestras viejas y estropeadas me dio un poco de vergüenza. Me aproximé al buen hombre para agradecerle su generosidad; él nos condujo a uno de los mostradores del local y le dijo algo al oído a una empleada que se veía muy jóven; le calculé unos dieciseis años. Luego se dirigió a su oficina y ella se me acercó.

De pronto me di cuenta de que en el local había un pelotero. Me pareció algo extraño, y no podía dejar de verlo. Perdí de vista a mi padre, que ya estaba deambulando por otro pasillo como quien pasea por su casa. Yo no podía parar de preguntarme...¿Qué hacía un pelotero en una bicicletería?

—Su bici estará lista en veinte minutos —me dijo la empleada. Yo le agradecí y tomé asiento.

Luego ella se me acercó de nuevo.

—Por otro lado, quiere regalarle una nueva.

—¿Una qué?

—Bicicleta.

Yo la miré pasmada.

—Es libre de escoger la que le guste y yo la puedo ayudar con cualquier duda. — me respondió, y yo no lo podía creer.

—Gracias, pero no es necesario.— le contesté algo cortante.

—Pero el señor...

—El quiere, pero yo no.

La jóven me miró con confusión, me pidió un momento y se fue hasta la oficina, donde el dueño hablaba por teléfono. El despacho era completamente vidriado como una pecera, y yo podía verlo caminar de un lado a otro, compenetrado en su conversación. La niña tocó el vidrio dos veces, y en cuanto él la escuchó, pausó su comunicación para hablarle unos momentos. La jóven empelada volvió enseguida y me habló tímida.

—El señor Máximo dice que no puede aceptar un no como respuesta. Dice que el rodado dieciseis que tiene le queda chico. Que puede ser peligroso. Que necesita una mediana. —me hablaba con la voz temblorosa.

Volteé otra vez hacia la oficina y vi que él, con el teléfono aún en una mano, me oteaba compenetrado. Se acercó al vidrio y, sonriente, usó su mano libre para decirme algo en «letras mudas», lenguaje que no practicaba desde octavo grado. No entendí lo que me intentaba decir, pero asentí con la cabeza mostrando complicidad. Mientras observaba sus gestos y movimientos de manos, me preguntaba qué número de rodado usaría él, puesto que medía como dos metros. Reflexioné que, tal vez, por ser el dueño, tendría una hecha a su medida.

—¿Necesitas asesoría con algo? —me preguntó ahora la niña, sonriendo y mostrando su ortodoncia.

—No es necesario —intervino mi padre, que entendía perfecto las letras mudas.— Yo la ayudo a elegir una.

En ese momento vi a la felicidad cristalizada en su semblante y me di cuenta de que Bicimundo era para él lo que Disneylandia para cualquier niño de diez años. Antes de aceptar, me tomé un momento para pensar en Esteban. ¿Le molestaría que aceptase este regalo? Probablemente no. A él nunca le molestaba nada. ¿Y cuales eran las intenciones del dueño?Luego, viendo las dimensiones de la sucursal, pensé que una bicicleta no parecía representar mucho para el bolsillo de este señor. Tal vez simplemente se trataba de un hombre desinteresado a quien le

gustaba ayudar a la gente.

Pasamos un buen rato juntos viendo los diferentes modelos, probando rodados, asientos y colores. Respetando la tradición, escogí una azul, que siempre había sido mi color. Encontramos una que nos gustó a los dos y llamamos a la señorita, quien, de inmediato, sacó un control remoto de su bolsillo y apretó un botón que hizo zumbar una alarma ensordecedora. Desde la otra punta, vimos a Máximo correr en galope lateral hacia nosotros, zigzagueando a través de los espacios libres entre las hileras de bicicletas. Sus chinos bailaban en el aire con cada salto y él no hacía más que sonreír. Lucía ahora, también, unos lentes de lectura grandes y redondos.

Miré el reloj y ya era casi el mediodía; teníamos poco tiempo porque debíamos encontrarnos con Esteban para almorzar. Lo miré a Máximo en detalle por última vez y noté que se parecía a Willy Wonka; esta era su fábrica de chocolates. De curiosa, le miré la mano en busca de un anillo de casado y no lo encontré. Me costaba descifrar su edad, pero le calculé unos cincuenta. De cualquier forma, me daba cuenta de que se trataba de un niño en el cuerpo de un hombre. Nos felicitó con entusiasmo por nuestra elección y le dijo a mi padre que el arreglo de su bicicleta era mínimo y que, por supuesto, correría por su cuenta. Mi papá lo saludó con un apretón de manos fuerte y mencionó que lo quería invitar a comer a su casa. Yo lo miré sorprendida. Máximo aceptó su invitación y nos dio a cada uno su tarjeta que, como los tickets que escondía Willy Wonka en los chocolates, era dorada.

—¡Ah!, y si alguna vez tienen otra emergencia, no duden en llamarme —volvió a decir y se fue, también galopando.

Volvimos andando y yo noté por primera vez que mi bicicleta me hacía pedalear el doble. Un flete llevaría la mía nueva a mi departamento en los próximos días. Dejé la dirección de mi departamento en recepción.

Capítulo 5

La mujer invisible

Hice una pausa en el camino para revisar el celular que me vibraba en el bolsillo, y me encontré con una llamada perdida y un mensaje de voz. El recado era de Esteban, que me cancelaba. Me explicaba que ya no podría venir por problemas en el trabajo, y esa excusa me llamó la atención porque él no solía trabajar los domingos, además de que había mostrado mucho interés en conocer a mi papá. Sospeché que tal vez ese entusiasmo no era más que una cordialidad. Con Esteban era difícil saber.

También, vi un mensaje de texto de un número desconocido que decía: «Hola, mariposa. Te desea una tarde increíble… tu bicicletero». De pronto, el ruido que me generó la cancelación de Esteban se desdibujó en una risa. Guardé el teléfono, pedaleé con vigor hasta quedar a la altura de mi padre, y le conté que Esteban había cancelado. Él ni se inmutó, y siguió pedaleando como si nada. Seguramente pensaba que Esteban no existía. Que me lo había inventado.

Llegando a la casa nos encontramos con una sorpresa. Mi hermana más grande, Matilda, nos esperaba en la entrada. Cuando me acerqué a saludarla, me di cuenta de que estaba berreando. Creo que nunca antes la había visto llorar. Ella es diez años más grande que yo, y a mis ojos siempre mantuvo la vida en orden. Hacía veinticinco años que estaba felizmente casada, y tenía tres hijos. No solamente nunca la había visto llorar antes, sino que tampoco la había oído quejarse. Era de esas personas que tiempre traía una sonrisa empotrada. Verla ahí nos tomó a los dos por sorpresa. Nos saludamos rápido y los tres entramos a la casa, sin preguntar demasiado.

Mi madre tuvo a Matilda a los quince años. Físicamente no se parecían en nada, pero imagino que seguro se parece a su padre. Lo imagino porque no lo se fehacientemente, porque jamás lo vi en mi vida y creo que ella tampoco. A pesar de ser mi media hermana yo siempre la consideré «hermana completa», al igual que al resto de mis hermanos, que son todos de distintas madres. Mi papá se casó cuatro veces y tuvo hijos en cada relación. Una vez le pregunté si de poder volver el tiempo atrás volvería a casarse tanto, y él que me contestó que sí; él es un hombre bienaventurado y creo que cualquier motivo para celebrar le resulta un buen programa. De todos los hijos, Matilda era la única que no era técnicamente suya, pero él se había ocupado de que eso no se hiciera sentir.

Nos sentamos las dos en la cocina mientas él husmeaba en la heladera, preparando todo para arrancar a cocinar.

—¿Por que esto tenía que pasarme ahora, dos semanas después de mi cumpleaños número cincuenta? Ni que lo hubiera hecho a propósito —pronunció por fin Matilda, con la voz entubada, y yo no entendía nada.

Luego me encaró:—¿Escuchaste alguna vez hablar del síndrome de la mujer invisible?

Le dije que no.

A Matilda siempre le había gustado enseñarme cosas. Disfrutaba sentir que me instruía en varios aspectos de la vida, y yo consideraba que estaba habilitada a hacerlo por los diez años de experiencia que tenía por delante de mí.

—Cuando la mujer pasa la brecha de los cincuenta años, el mundo la deja de mirar. Es inmediato. Directamente se deja de ser una «persona», y una pasa a convertirse en «la madre de», «la tía de», o «la abuela de».

Matilda tenía la voz diferente. Parecía otra persona. Le agarré de la mano, pero ella se soltó.

—Escuchame bien. La mujer, después de los cincuenta, ya no interesa. Pierde su figura, y definitivamente la posibilidad de concebir. ¿Y de que sirve una mujer que ni puede dar vida ni es tan amable a la vista?

Matilda me miró en silencio por unos momentos.

—¿Es pregunta retó …? —

Me interrumpió pegando un puñetazo fuerte en la mesa.

—¡DE NADA! ¡DE NADA, JUANA! —dijo a los gritos y lloró un poquito más. Me acerqué a ella, y nos abrazamos. Mi papá nos ojeaba con disimulo desde lejos, mientras cortaba una cebolla.

—¿Que pasó, Matilda?

—Me dejó.

—¿Jose Luis?

Ella asintió mientras se secaba los ojos.

—No lo puedo creer.—le dije, tapándome la boca conmocionada.

Matilda me miró con obviedad.

—No seas incrédula, Juana. Hacía años que me engañaba. Solo que nunca me imaginé que me dejaría. Y yo estaba contenta así. Estaba cómoda con mi vida.

La miré horrorizada. Me entristecían sus confesiones.

—No me juzgues. Todos los hombres casados, cuando llegan a determinada edad, quieren salir con chicas más jóvenes. Sino miralo a tu papá. La única mujer de su misma edad con la que estuvo fue nuestra madre. El resto, todas mucho más jóvenes. Tal vez no haya tenido amantes, pero, sin duda, las fue cambiando por versiones más nuevas, como quien cambia de modelo de auto.

Lo miré a mi papá, quien escuchaba atento y asentía desde la cocina, con esa ironía tan suya dibujada en el rostro, mostrando que Mati estaba en lo cierto.

—Que tu marido tenga una amante hasta es algo bueno para la relación. Mejora la relación de pareja porque cuando el hombre está con la otra se despeja, y vuelve a la casa más distendido y de mejor humor. Un encuentro con la amante para el hombre equivale a una sesión de terapia para nosotras, con la diferencia de que unas horas en un hotel por lo general salen más baratas que los honorarios de un psicólogo, siempre dependiendo del hotel y del profesional, claro.

Escuché a mi papá reirse desde el fondo de la cocina. Sabía que estaba viendo el tema con liviandad porque así era él: risueño y despojado de tristezas. Hasta él, que era una de las personas más impolutas que jamás conocí, entraba en el patrón.

—El tema de los amantes es más antiguo que la Biblia, Juana. Son códigos de convivencia. El problema es cuando se terminan enamorando — agregó Matilda.

Todo me hacía ruido.

—Vos no los entendés porque no tenés idea de lo que es estar en una relación. Sos muy madura para algunas cosas, pero para otras… aún muy inocente. Nunca te fué bien en el amor. A pesar de tu edad, nunca te casaste. Te quedaste estancada. — agregó, y se acomodó el pelo, superada.

Que dentro de la circunstancia en la que se encontraba aún considerara que le iba mejor que a mí en el amor me resultaba absurdo. Sus palabras

me herían, pero igual entendí que estaba pasando por un mal momento. Si ningunearme le hacía sentir mejor y la ayudaba a desahogarse, lo aceptaba. De la manera que fuese, quería estar ahí para ayudarla.

—Que mierda son los hombres, ¿Eh?… —murmuré, y me di cuenta de que estaba fastidiada por la ausencia de Esteban.—. Bueno, no todos —agregué cuando me di cuenta de que mi papá me había escuchado.

Con el cuchillo en la mano se volteó y nos miró fresco, aunque no dejé de apreciar una mueca de obviedad en su semblante.

—Tampoco nos eches la culpa de todo. Ustedes también tienen lo suyo — se animó a decir.

Matilda cambió la expresión.

—¿Por ejemplo?

—Cuando yo conocí a cada una de mis esposas, eran más bien planas. Y ahora son todas voluptuosas. ¿Cómo creen que pasó? No fue arte de magia. Y yo les hice el regalo feliz. Lo interesante fue que, cada una de ellas, después de operarse, me dejó.

Matilda se quedó pensativa.

—Te habrán dejado por otras cosas.

—En parte puede ser. Pero las siliconas cambian a la mujer, eh? Una mujer recién operada camina más erguida, cree en sí misma, se enfrenta a la vida de otra manera, y ahí se da cuenta de que puede conseguirse a alguien mejor. Sube la vara. Por eso hora, por las dudas, solo salgo con pechugonas.

Matilda y yo nos miramos y nos empezamos a reír. En ese momento supe que mi papá esolo buscaba descontracturar el momento. Igualmente, no había más tiempo para chistes. Yo quería saber que pasó.

—¿Y cómo te dejó? —le pregunté curiosa.

—Bueno, todas sabemos que los hombres no son los que dejan. Eso es tema nuestro. Y la culpa no fue de él tampoco, sino de LA otra.

—¿La amante?

—Kristianna. ¿Puedes creer que encima de todo se llama Kristianna? Como Cristiana, pero con k y doble n.

Matilda se sabía el nombre de la otra a la perfección.

—La muy maldita me encontró en Facebook, me escribió, y me invitó un café. Acepté por morbo, obvio. Quería saber como era. Mi plan era este: ella me lo confesaría y yo fingiría sorpresa, después llegaríamos a un acuerdo de confidencialidad y nos tomaríamos algo. Simple. —Sus palabras me resultaban inauditas—Pero nada salió como esperaba. Me contó que él era el amor de su vida y que estaban completamente enamorados. Le dije que él también era el amor de la mía, pero que lo podía compartir. En ese momento me sentí moderna, pero después tiró una bomba que me hizo escupir el café.

—¿Que te dijo? —le pregunté intrigada, y Matilda se quedó callada, como creando suspenso.

—¿Que está embarazada? — se atrevió a preguntar mi papá desde la cocina, e nmediatamente la vi a Matilda asentir con la cabeza.

—¡No!—, grité incredula.

—En ese momento se me revolvió el estómago y tuve ganas de vomitar.

Mi papá se acercó a nosotras.

—¿Y qué hiciste? —le pregunté.

—No se. Me levanté de la mesa como pude. Después, en el auto, lo llamé a José Luis y lo dejé. Y el ni siquiera intentó resolver las cosas. Solo me dijo: «Está bien».

—Bueno, entonces lo dejaste vos —articulé con algo de orgullo, pero Matilda se veía poco optimista.

—Si, técnicamente, pero eso que importa. Lo que quiero saber es...¿Qué mierda hago con mi vida ahora? —nos dijo, en un llanto entremezclado con risa.

La abracé otra vez.

—Yo ya soy un caso perdido, pero a vos todavía te queda tiempo. Aún podés conocer a alguien —me dijo, cual anciana moribunda en su lecho de muerte—. Cásate, y si podés tener un hijo, mejor.

De pronto sentí una ansiedad que me carcomía. Aparentemente ya no me quedaban tantos años de “visibilidad”. Tenía que apurarme.

Esa noche prendí la computadora y me puse a investigar un poco acerca del tema. En Internet encontré un foro muy popular. Se llamaba «Las

mujeres invisibles» y tenía tres mil integrantes. Me inscribí bajo el pseudónimo *Mariposa*, y me dispuse a leer los tips que compartían mujeres mayores para no pasar desapercibidas: «Cuando entro a un lugar, hablo a los gritos», expuso una. «Me pongo vestidos y tacos todos los días y, para el dolor de columna, tomo relajante muscular», decía otra. Había tips de maquillaje, de comportamiento, de «movimientos femeninos», de baile, de temas de los que hablar y temas para evadir, y listas de lugares a los que salir que eran «seguros». Era todo un mundo. El truco estaba en que fueran sitios a los que acudiera gente de edades diversas y en los cuales, por supuesto, hubiera una «iluminación agradable». Otras daban consejos sobre cómo vestirse elegantes; ni como viejas ni como muy pendejas, sino encontrando el punto medio. Para todo parecía que había pautas a seguir y muchas en el grupo lo hacían con religiosidad. Algunas contaban experiencias de éxito y otras de fracaso, y yo flotaba entre instancias de regocijo y fascinación-por lo disparatado de algunas historias- y momentos de ansiedad y pesadumbre, porque me daba cuenta de que tal vez mi hermana tenía razón, y de que volverme invisible me daba terror.

Capítulo 6

Pájaro que comió

Mi abuelo despertó del coma un martes trece. Mi mamá me marcó, después de mucho tiempo sin hablar, para contarmelo. Me explicó que estaba complicada con trabajo, y me pidió que fuese a visitarlo para comentarle cómo estaba. Esto parecerá raro para algunos, pero en mi familia era moneda corriente. Mi madre es escritora y cuando empieza un proyecto nuevo se sumerge en él tan profundo, que desaparece de nuestras vidas. Matilda estaba conmigo cuando mi mamá me llamó porque ahora vive en mi departamento. Se está quedando acá hasta que resuelva un poco su vida. Le pregunté si quería venir conmigo y me respondió que no porque «sus días ya eran suficientemente deprimentes».

Mi abuelo estaba en terapia intensiva y los horarios de visita eran restringuidos. Solo se lo podía visitar de doce a una, así que pasé a verlo durante mi hora del almuerzo. Cuando llegué, me sorprendió no ver a ninguno de mis tíos ni primos.

Entré a la habitación con paso vacilante, y en un principio no lo reconocí. Tenía la cara flaca y demacrada. Además, le habían afeitado el bigote, ese que él había sabido preservar por más de cuarenta años y que, hasta antes del coma, aún se mantenía retinto. Me miraba fijo y en silencio desde la cama. Sentí que lo hacía con odio. Tal vez no fuese mi cara la primera que esperaba ver después de tanto tiempo ido. O tal vez estaba enojado de haberse despertado, siéndole más placentero estar en coma. La hora pasó lenta y por más que yo le hablaba, él no me contestaba. Me seguía con la mirada, y ese era nuestro único síntoma de conexión. Me acerqué para hacerle una caricia y le noté la piel humectada. Tenía los ojos lagrimosos, pero no era de emoción, sino que tantos meses de suero lo tenían sobrehidratado y tanta agua por algún lado tenía que salir. Me pregunté si Madonna, que está siempre a la vanguardia en términos de secretos cosméticos, usaría el recurso de dormir con suero de vez en cuando. La enfermera se me acercó y explicó que no había manera de saber si él volvería a hablar, ni cuánto evolucionaría; que podía tanto recuperarse totalmente como mantenerse por siempre en este estado. Me contó también que esa tarde le harían unos estudios para medir daños cerebrales, ya que era probable que hubiera perdido neuronas en el proceso. «Estar en coma no sale gratis», me aclaró. También comentó que visitarlo y estimularlo diariamente sería bueno para su evolución y le prometí que iba a tratar de ir todos los días aunque fuere un ratito. Él era el último abuelo que me quedaba. Me levanté con la cabeza llena de ruido y tristeza.

Esa misma noche Esteban vino a cenar a casa. Matilda, que sorpresivamente estaba de buen humor, cocinó una carne riquísima en su jugo, con puré de papas y ensalada para los tres. Él fue muy cordial con ella y noté que ella lo miraba con detalle. Le costaba creer que finalmente le estaba presentando a un pretendiente, y lo estaba analizando. De postre comimos flan. Esteban comió con gusto y hasta sugirió: «Podrías aprender algo de esto, ¿no?». Justamente a mí, que odiaba cocinar mas que a nada en el mundo. Matilda se rió. «Juana nunca fue buena cocinera, pero tiene otras virtudes», acotó. Finalmente, salió a colasión el tema de mi abuelo. Yo interpretaba el que hubiera despertado como algo positivo, pero Matilda y Esteban no. Los dos pensaban que era algo deprimente, que solo alargaría la agonía. Les conté acerca de mi visita al hospital y a ninguno de los dos le interezó mucho mi relato. Lo entendía por el lado de ella, que estaba pasando por un momento particular y veía el mundo con decepción, pero me sorprendió la falta de buena onda de Esteban. Me di cuenta de que él a veces podía tener un lado muy pesimista. Después recordé que, con Esteban, teníamos una relación algo sistemática y superficial. No ahondábamos demasiado en temas personales, y él se mostraba reacio a involucrarse demasiado con mi familia. El hecho de que estuviese conviviendo ahora con mi hermana ya era toda una hazaña.

Una vez que terminamos el flan, él —que ya se veía aburrido— dijo que se tenía que ir. Le pedí que se quedara a dormir, como había hecho otras veces, pero me explicó que al día siguiente necesitaba despertarse temprano y que era mejor que durmiera en su casa. «Pájaro que comió voló», hubiese dicho mi madre.

Me di cuenta de que a Esteban le gustaba que yo fuese a dormir a su casa, pero a él no le gustaba tanto venir a la mía.

Matilda advirtió el malestar en mi rostro. Como maga, me leía el pensamiento.

—Juana, es entendible que quiera dormir en su cama, al hombre no le gusta salirse de su rutina —me explicó una vez que Esteban se hubo ido.

Matilda siempre encontraba la manera de justificar el comportamiento de los hombres. La miré con furia y me dispuse a acomodar la mesa y la cocina.

Mientras ordenaba, rumiaba todo tipo de recuerdos. «A Esteban le molesta la forma como hago la cama porque dice que no la ato lo suficientemente fuerte; le molesta que a veces el cable de mi tele no conecta del todo bien y genera una interferencia leve; le molesta que le sirva comida que no está hirviendo; le molesta cuando le sirvo un vaso de agua con menos de cinco cubos de hielo, razonando que es intomable; le molesta el perfume de mi detergente, y dice que mi secadora de ropa hace demasiado ruido. Me empiezo a dar cuenta de que se queja mucho y

de que mis invitaciones nunca le parecen divertidas. Y además, lo peor de todo… ¡Es rata! Me pide dinero para todo, todo el tiempo». Me sumergí en una espiral de pensamientos negativos.

—¡Descárgate! ¡Sácalo todo para afuera! —gritó mi hermana, que leía el agobio de mi mente en mi rostro.

Nadie me conocía como ella.

—Aunque hay cosas que me molesten, tampoco puedo hacer muchos planteos, porque no tenemos una relación oficial —le contesté.

—¡Qué sorpresa! —pronunció irónica, en referencia a que yo nunca había estado en una relación. Luego se acercó a la cocina—. Entonces no te limites, búscate a otros. Sal con cuantos hombres puedas mientras la vida te lo permita.

Las dos nos reímos.

—Vos siempre dando tan buenos consejos.

Al día siguiente, motivada por Matilda, le escribí a Máximo para avisarle que ya había recibido la bicicleta en mi casa y para darle las gracias, y me preguntó qué haría ese día a la salida del trabajo. Le dije que nada, y entonces me invitó a salir. Me pasó una dirección y me citó ahí a las siete de la tarde. Me pidió, también, que antes de ir comiera un snack. Sin saber mucho más, acepté la invitación y a Esteban, por las dudas, le dije que tenía planes con Matilda.

Llegué al lugar al que me citó y, para mi sorpresa, se trataba de un estudio de yoga. Máximo me saludó rápido y me entregó una bolsa con ropa deportiva y un *mat*. Claramente este no era el tipo de cita de tenía en mente. Veinte minutos antes de que empezara la clase ya había gente formada afuera, esperando para entrar. Se trataba de una clase muy popular con "instructores celebrities" que se impartía dos veces al mes. Por ser de los primeros en llegar, pudimos ubicar nuestros *mats* en la primera fila, muy cerca del escenario. Fui al baño a cambiarme y cuando volví, el salón estaba lleno a reventar. En una silla, en el escenario, se sentó una mujer hermosísima, de unos veintitantos, que parecía una modelo. Tenía el cuerpo marcado, una cara de ángulos perfectos y un pelo rubio, largo y ondulado. Además, sujetaba a un bebé hermosísimo en brazos. Luego, caminando, divisé a un hombre de un porte extraordinario que podría ser unos años mayor que ella, muy bien parecido y de aspecto algo *hippie*. Él se acercó al escenario y le facilitó un micrófono a la mujer. Luego tomó una guitarra y se la ató al cuello. Él estaba muy sonriente y ella, muy seria. Los dos eran muy bien parecidos, pero había algo en ella que era mágico, único y magnético, y yo no la podía dejar de mirar. El hombre empezó a tocar la guitarra con suavidad,

mientras caminaba sonriente entre los asistentes. En las pausas entre acordes, nos daba indicaciones de los movimientos que teníamos que hacer. Todos en la clase se sabían la rutina de memoria. Dentro de ese cuarto había una energía diferente a la que se respiraba en las calles transitadas de la zona y todos conectaban en armonía. Ahora la hermosa mujer se había levantado la remera, dejando al descubierto unos senos perfectos. Acercó a su hijo al pecho para amamantarlo, y empezó a cantar en inglés. Cantaba precioso y amamantaba al mismo tiempo, y yo la miraba fascinada. Todos en la clase se conocían las letras de las canciones de memoria. Las poses eran complicadas y algunas directamente no me salían. Máximo, a diferencia de mi, lo hacía todo con flexibilidad y precisión notables. Aun con su torso y extremidades largas, era agraciado. Se tomaba la clase con seriedad y lo noté atractivo cuando flexionaba y trababa los músculos. Tenía el cuerpo muy tonificado y una secuencia de números tatuados en un brazo. Continuamos contorsionándonos por largo rato. Las energías cruzadas, el calor que irradiaban los cuerpos y la humedad del lugar me daban la impresión de estar dentro de un extraño sauna. El hombre de la guitarra comenzó a rasguear con más intención y a enunciar frases muy bonitas. Lo acompañaba la voz penetrante de la mujer que coreaba, en su tono dulce, algunas palabras en inglés: love, respect, humanity, Earth, repetía angelical, y creaba una atmósfera de espiritualidad envolvente.
Ella repetía las mismas palabras en el mismo orden, una y otra vez. Hasta yo sentí, en ese momento, amor incondicional por cada persona que ocupaba esa habitación. ¿Me estaba volviendo hippie? Poco a poco, por la humedad incesante, hombres y mujeres fueron quitándose las blusas para quedar con los torsos descubiertos. Yo fui de las únicas que no se animó. Cuando terminó la clase, la pareja —con la mujer aún amamantando— se fundió en un abrazo y los dos se besaron en la frente. Luego, uno por uno, los presentes fueron saludandose de la misma manera. Me abracé con desconocidos por tiempos prolongados y besé sus frentes calientes y mojadas, y no me molestó en lo absoluto. Era tal el de sensibilidad que se respiraba que algunos hasta se habían volcado al llanto. Vi a Máximo disipar un par de lágrimas. Yo no llegué a exponerme tanto, aunque confiezo que verlo frágil me enterneció. Cuando llegué a su abrazo sentí su abdomen marcado contra mi pecho; y, con su beso, a la altura de mi estómago, sentí una leve erección que me puso nerviosa. Saliendo de la clase nos ofrecían a la venta un CD con canciones compuestas y cantadas por ella. En la tapa del disco aparecía ella en la playa acariciando un caballo. El título era, curiosamente, Love, respect, humanity, Earth. «Ella vivió en Hollywood y triunfó», me dijo Máximo al oído, antes de regalarme una copia. ¿Salíamos de una clase de yoga, un concierto, o una secta? No estaba claro, pero no me importó. Por primera vez notaba que me gustaba el timbre de voz de Máximo. Salimos a la calle, de nuevo a la contaminación, a las luces de los semáforos, y al ajetreo del día a día. Nos subimos a un taxi, Máximo me acercó hasta mi casa, y una tensión erótica nos acompañó todo el viaje. Cuando llegamos a casa, me acompaño hasta la puerta de entrada y después se fue. Yo entré al edificio con el corazón

acelerado. No podía esperar a contarle a Matilda como me había ido. A pesar de que tecnicamente no había pasado nada entre nosotros, esta había sido la cita más intensa que había tenido en mucho tiempo. Con Esteban solo mirábamos televisión.

Capítulo 7

Lo que diga el comandante

Unos días más tarde Matilda me acompañó a visitar al abuelo durante mi hora del almuerzo. Al llegar nos encontramos con la sorpresa de que ya no estaba en terapia intensiva, y lo habían mudado a una habitación de piso. La nueva enfermera, efusiva, nos explicó que habíamos llegado en un muy buen momento, porque estaba a punto de darle de comer en la boca por primera vez. Se venía alimentando por una sonda, y el plan era que empezara a hacerlo vía oral poco a poco. «Siempre es mejor cuando le da de comer un familiar. Los pacientes comen con más ganas», nos dijo, desentendiéndose de la tarea. Era muy joven y tenía una voz gangosa. Me dio la bandeja sin titubear y se fué del cuarto encantada.

—Está bien —dije, y me arremangué la camisa.

—¿Qué hay de comer? —preguntó Matilda.

Miré los platos de plástico sobre la bandeja sin saber distinguir de qué comida se trataba. Solo veía papillas de distintos colores.

Adiviné que en uno había pollo licuado; en otro, puré de calabaza, y en el tercero, un tipo de postre, aunque no sabía decir bien cuál. Cuando vi que las cucharitas, también de plástico, eran minúsculas, super que esto iba a llevar un rato largo. Mezclé un poco de pollo con el puré y le acerqué la cucharada a la boca.

—Hola, abuelo, vamos a tratar de comer —le dije, intentando sonar fresca, y él me devolvió con la misma cara de odio de siempre.

Le acerqué la cucharita a los labios, y tenía la boca tensa. Le insistí una vez más, ahora hablándole con más dulzura, pidiéndole que por favor colaborara. Del otro lado de la cama Mati lo tomó de la mano y él, de un momento a otro, relajó la boca y ahí pude encajar la cuchara. Con mucho esfuerzo movió la lengua intentando cooperar. ¡Me estaba escuchando! El abuelo se mostraba duro, pero era bueno.

—Muy bien, abuelo —le dije, y lo acaricié.

—Ahora intenta cerrar la boca —agregué, simulando con la mía masticar.

Lo hizo con dificultad y, momentos más tarde, terminó por tragar el bocado. Después, se atoró y empezó a toser. Por un momento me pareció que se ahogaba. Matilda presionó el botón que levantaba el respaldo de la cama para que quedara más enderezado. Me volteé y encontré en otra

mesita un vaso con un sorbete.

—Abuelo, ¿quieres agua o jugo? —pregunté mientras me acercaba al jugo y lo empezaba a servir, sabiendo que no me respondería.

De pronto dejó de toser y tras un breve silencio entonó con una voz ronca:

—Lo que diga el comandante.

Matilda y yo volteamos a mirarnos con asombro.

—¡¿Cómo?! —le preguntamos fascinadas. Después de meses en silencio, el abuelo estaba hablando.

Lo vi concentrado, y con lentitud y dificultad intentó hablar un poco más.

—El comandante está por encima de todos nosotros. Si él da la orden, nos mandan a la calle. Hay que seguir sus instrucciones —agregó serio.

Las dos nos reímos. Recordé que, de joven, él había pasado por el servicio militar. Le seguí el juego.

—Bueno, el comandante ahora no está. Pero hay jugo. ¿Querés?

Él elevó sus hombros en resignación. Me le acerqué para darle de tomar algunos sorbos. Entre cada trago se aclaraba con fuerza la garganta.

—Yo me ocupo —me dijo Matilda, y agarró el cartón de jugo. Sabía que ya era algo tarde para mí, que tenía que volver a la oficina.

Mi abuelo siempre había sido una persona fría y reservada, pero hoy lo empecé a ver diferente. Hoy lo veía como a un chico frágil y lo quería cuidar. Me acerqué y le di un beso en la frente, como hicimos en la clase de yoga, y me sentí más cercana a él que nunca. Le dije: «Chau», pero ya no volvió a hablar. Como un robot que se conecta y desconecta, ahora se había apagado y otra vez parecía que nos estaba ignorando. Salí al pasillo y me encontré con la misma enfermera.

—¡Habló! ¡Nos habló! —le dije sobresaltada.

—Que bueno —me contestó con una sonrisa fingida antes de seguir caminando.

Bajé las escaleras sintiendo calidez en el pecho, y en planta baja, a lo largo del pasillo, se pinchó mi ilusión cuando escuché unos gritos que yo ya conocía. Corrí hacía ellos y me encontré con una escena un tanto bochornosa: Ahí estaba mi mamá. Despeinada y desquiciada,

peleándose a los gritos con los guardias de seguridad de la clínica. Después supe que los guardias de la puerta le habían denegado el acceso al edificio por no traer identificación, y ella hizo oídos sordos y se mandó adentro corriendo. Los guardias corrieron detrás y la alcanzaron rápido. Cuando la vi, mi mamá se resistía con fuerza. «Claro —pensé yo—, ¿cómo iba a llevar identificación si, con suerte, segurmente apenas se había acordado de ponerse los zapatos esa mañana?». Tenía el pelo sucio, traía joggings con ojotas y una camisa a cuadros mal abotonada, y cargaba con una mochila vieja repleta de papeles que asomaban por el cierre mál cerrado. Los lentes de sol le tapaban la mitad de la cara, y creo que cuando me vio sintió vergüenza. Me acerqué al guardia, que ya conocía de vista, para disculparme por ella y explicarle que era mi madre. Dejé mi identificación en su lugar.

—Hola, mamá —le dije, y me acerqué a darle un beso, después de que se aclarara la situación.

Ella se sacó los lentes, revelando sus ojeras, y me saludó un poco fría.

Una vez más, sentía que la ayudaba a resolver una situación y que ella no se mostraba agradecida. Respiré hondo y me le acerqué.

—El abuelo habló. Dijo un par de cosas nomuy coherentes, pero palabras al fin —le dije con ilusión.

Ella me miró sin devolver mayor reacción. Me di cuenta de lo parecida que era a su papá. Tenía las mismas cejas.

—Bueno, me tengo que ir. Ahí está Matilda tratándo de darle de comer.

—¿Quién más está? —preguntó con preocupación.

—Solo Matilda. Nadie más —le respondí, para que se quedara tranquila. Entendía que no quisiera que más gente la viese en ese estado.

—Te llamo más tarde—, agregué.

—Dale —me contestó, y nos saludamos.

Mi madre otra vez no estaba bien y otra vez no había nada que yo pudiese hacer para ayudarla.

Cerca de la clínica, en una vidriera, vi un vestido que me gustó. Una amiga del grupo de Esteban se casaba ese fin de semana y me había invitado; milagrosamente, él se había ofrecido a regalarme el atuendo para el evento. Eran contadas las veces que él me había regalado algo, asi que lo acepté la oferta sin pensarlo demasiado. Cuando saliera esa tarde del trabajo, pasaría por el local para probármelo, y aprovecharía la

cercanía con la clínica para visitar otra vez a mi abuelo. Me intrigaba saber si mostraría alguna evolución.

Más tarde, mientras me probaba el vestido —que, por suerte, me quedaba muy bien— en el probador, recibí una llamada de Máximo. No hablábamos desde la clase de yoga. Había pensado un par de veces en escribirle, pero preferí esperar a ver si él lo hacía antes. Espontáneo, me preguntó qué haría en la próxima hora y entonces le comenté mi plan.

—¿Cómo se llama la clínica?

—San Juan —le contesté.

—Okay. Ahí te veo —me dijo, y cortó. ¿Se estaba autoinvitando?

En la clínica por primera vez la habitación de mi abuel estaba colmada de gente. Matilda y mi mamá ya no estaban ahí, pero sí los hermanos de mi madre, sus parejas y algunos de sus hijos, que recién salían de trabajar. No veía a esta concurrencia desde la Navidad del 98. Mi abuelo, para variar, estaba en silencio y se veía enojado.

—¿Por qué tenéa esa cara, papá? —preguntó mi tío—. ¿No estás contento de que hayamos venido de visita?

La enfermera inmediatamente le explicó que era normal que los pacientes que estaban en «las últimas» tuviesen esa expresión de enojo. En cuanto abrió la boca noté que estaba mascando chicle, cosa que me pareció poco profesional. Esta mujer, además de ser desagradable, tenía muy poco tacto. Me irritaba su presencia.

La interrumpí para contarles a todos lo que había pasado algunas horas antes.

—Hoy al mediodía habló.

—¿En serio? — se asombró mi tía.

La enfermera nos dijo que a veces cuando los pacientes despertaban del coma mostraban gran evolución. Que cada caso era diferente y que el doctor recomendaba que se lo visitara mucho, con intención de estimularlo.

—Esas son buenísimas noticias —le respondió mi tía.

—Y… es una carambola. A veces evolucionan mucho, a veces quedan más o menos, a veces se mueren.

Hablaba con mucha liviandad e impertinencia. Sus palabras nos incomodaban a todos.

—¿Dónde está el doctor? —cuestionó mi tía.

—Pasa más tarde —respondió la joven tranquila.

Yo estaba tan abstraída en mi desprecio que no noté que, entre el gentío, asomaba la cara de Máximo, que había llegado poco antes que yo y hasta traía un regalo para mí en una bolsa. Lo vi hablar con mis tíos con gran naturalidad. Se lo veía cómodo. Además, sonreía constantemente, y no siempre con la boca: tenía la particularidad de saber sonreír con el cuerpo —algi que nunca había visto antes—. Era como un imán para la gente y yo ya me daba cuenta de que en ese cuarto mi familia ya le tenía cariño. Entró otra joven y le cedió a la enfermera otra bandeja de comida. La enfermera, que me recordaba del mediodía, volteó a mirarme y me la ofreció mecánicamente.

—¡Uh! Casi me olvido… —pronunció tras ojear su planilla—. Antes de cenar hay que hacerle la limpieza. (Después supe que eso significaba que le iban a cambiar el pañal).

Nos pidió a todos que nos fueramos de la habitación mientras ella esperaba al enfermero que la ayudaría, y todos salimos a la sala de espera. Algunos aprovecharon para comprarse algún jugo o café, y otros para chismosear y ponerse al día. Máximo vino a saludarme y me dio un regalo. «Abrilo después, cuando estés sola», me advirtió, despertando mi curiosidad. En la entrada los guardias de seguridad te daban una calcomanía con el número de habitación que visitarías anotada. Máximo había escrito su nombre en marcador indeleble en la suya y se la había pegado en el pecho. Intuí que estaba muy orgulloso de su nombre completo, que curiosamente era “Máximo Triunfante”.

El enfermero todavía no llegaba y varios se empezaban a quejar porque ya se les estaba haciendo tarde. Cuando notó el malestar en más de uno, Máximo ofreció su ayuda.

—Yo lo hago —me dijo.

—¿Qué cosa? —le pregunté extrañada, y el me devolvió una cara de obviedad.

—Estás loco—, contesté enseguida en cuanto me di cuenta de a que se refería.

—No estoy loco. Quiero hacerlo. Me encanta tu familia.

¿Mi familia a la que yo nunca me veía y a la que el conocía apenas hacia media hora?

Entró a la habitación y le ofreció su ayuda a la enfermera, que estaba sentada viendo un video en su celular.

Una de mis tías, con la que yo no hablaba hacía muchos años, me abrazó y dijo: «Se nota que es un gran hombre».

¿Por qué hacía todo esto? ¿Quería montar un espectáculo y ser el héroe?

Curiosa, me paré cerca de la puerta que quedó entreabierta. No me quería perderme la función.

La enfermera despojó a mi abuelo de su sábana, revelando sus piernas blancas y flacas, como dos palillos. Mi abuelo miraba a Máximo con seriedad.

—Bueno, señor. Usted quédese tranquilo, que aquí lo vamos a atender como se merece —le dijo Máximo en un tono respetuoso mientras volteaba su cuerpo a un lado para que la enfermera lo pudiese limpiar y cambiar.

Me enterneció que, bajo esas circunstancias, aùn le hablara a mi abuelo de usted.

Ver como le hablaba con tanta cordialidad y respeto mientras el otro, expuesto y descubierto, era manipulado como un muñeco de trapo, se me hizo un gesto por demás noble y galante. Esta persona que apenas conocía ayudaba a que a mi abuelo le cambiaran el pañal y lo hacía con la mejor predisposición. Lo veía y no lo podía creer. Intenté imaginarme a Esteban haciendo esto mismo y se me hizo imposible. En ese momento concluí que, después de la boda, le diría que ya no lo quería ver más. No podía hacerlo antes de la fiesta. Ya había gastado en el vestido.

La enfermera intentó iniciar una conversación con Máximo, pero él, que estaba enfocado en su tarea, la ignoró completamente. ¡Ojalá Matilda hubiese estado ahí para presenciar la escena! Extrañamente, ver a Máximo cambiarle el pañal a mi abuelo me resultó sexy, y esa noche lo invité a dormir a mi casa.

Capítulo 8

Políticas de la empresa

A diferencia de Esteban, noté que Máximo amaba estar en mi casa. Supe que sentía cómodo cuando lo vi apoyar los pies sobre la mesita de la sala. Matilda nos acompañó y los tres nos la pasamos hablando largo rato. Unas horas y algunas copas de vino más tarde la conversación se volvió más íntima. Mi hermana y yo nos abrimos a contarle acerca de la enfermedad de nuestra mamá, cosa que no hacíamos practicamente con nadie, y él nos contó la historia de cómo había tenido a su hija mediante una clínica de reproducción asistida.

—No sé si lo hayan notado, pero en el brazo tengo tatuada una secuencua de números —nos explicó enseñandonos el bícep marcado—. Es el número de la donante.

—¿Sabés quien es? —curioseó Matilda.

—No. Ni tampoco me interesa. Aunque le voy a estar por siempre agradecido.

—¿Y por que se te dió por criar a un hijo solo? — le pregunté sin filtro, y con los dientes teñidos de tanino.

—Encontrar a alguien con quien tener un hijo no es tan fácil. Hay varios factores que están en juego.

—Eso es cierto. — Agregó Matilda, mientras asentía con esmero.

—Y yo ya sabía que quería ser papá. Lo supe siempre. Y lo podía pagar... Entonces, ¿Por que esperar?

No se si era el vino o el cansanciom pero cada palabra que salía de su boca me parecía adorable. ¿Acaso Máximo era el hombre que andaba necesitando? Alto y fuerte, tiene un buen trabajo, y una hija que no tiene contacto con su madre biológica. Yo podría entrar en esa ecuación sin fricción. Entrarīa suave como un guante. Entonces comencé a proyectar... Si me casaba con él, la adoptaría como propia y no tendría que preocuparme por quedar embarazada ni parir. Se acababa la carrera con mi reloj biológico. La niña era grande y seguramente ya supiera sumar y restar, y tal vez hasta multiplicar. Yo la ayudaría con las tarea de historia, que desde siempre había sido mi materia preferida. Si esto funcionaba, yo mataba a varis pájaros de un tiro. No envejecería sola, y no me perdería de experimentar la maternidad. Todo se iba

acomodando. De pronto sentía que podía respirar.

Matilda y yo nos enternecimos con su relato y él, orgulloso, nos mostró fotos de la niña.

—Valeria es todo en mi vida —agregó al instante. — A veces me olvido de que soy su padre y de que tiene solo ocho años. Y es que es mi mejor amiga.

Sabía que esa frase no sonaba del todo bien, pero decidí ignorarlo.

—A veces hablar con vos es como hablar con un chico… —le dijo.

—¡Si, opino igual!— agregó Matilda a los gritos. El vino empezaba a hacer lo suyo.

Máximo se sonrojó un poco. Tomaba la observación como un cumplido.

—Gracias. Y creo que vos también me hacés sentir eso.— Comentó, mirandome a mi. — Lo vi cuando te conocí. Tenías unas trenzas preciosas en el pelo. — Después nos miró a las dos. — No hay nada como la esencia de un niño.

¿Sus palabras me resultaban cursis y algo turbias? Ciento por ciento. Pero tenía algo hipnótico y había en su forma de hablar, algo que era muy atractivo. Me di vuelta y me di cuenta de que Matilda lo miraba embelesada.

—Esto puede sonar raro pero... ¿Les molesta si me tomo una ducha rápido y vuelvo? Tuve un día largo... —pregunté cuando me terminé la tercera copa de vino.

— Andá tranquila. Acá te esperamos — dijo Matilda mientras abría una botella nueva.

—Bueno, pero apurate, que acá te vamos a extrañar —, agregó Máximo, y cuando me levanté noté que me echaba una ojeada a las piernas.

Me daba un poco de pena irme y cortar con la conversación, que fluía tan buen, pero quería estar lavada y perfumada por si las cosas con Máximo se ponían más interesantes. Todo estaba saliendo demasiado perfecto y quería que siguiera así.

Me metí en la ducha y, abtraida en mis pensamientos, me empecé a rasurar la entrepierna. Imaginé la posibilidad de una vida de madre y esposa. Pensaba en lo cálido y yentregado que había sido Máximo con mi familia, y en lo interezado que se mostraba por mi desde el momento en que me había conocido. Era un hombre seguro de si mismo, y con su vida

resuelta. Con él, todo fluía y parecía ser sencillo. Si, es cierto que su entusiasmo a veces parecía un poco exagerado. Pero también era tierno, y bien intencionado. ¡Qué diferente era de Esteban! El agua y el aceite.

De pronto, un ruido fugaz interrumpió mis pensamientos. Me di vuelta sobresaltada, y ahí lo vi a Máximo. Había corrido la cortina de par en par, y me miraba fijo. Estaba desnudo. Me puse nerviosa y revolié la afeitadora por el aire. No era esta la forma en que quería que me viera desnuda por primera vez. Ni en esa posición, ni bajo esa luz blanca que tan poco me favorecía, pero ya estaba ahí. Le miré el cuerpo torneado en detalle, y me preguntó si podía pasar. Le dije que si y, con torpeza, nos enjabonamos. El era tan alto que superaba la flor de la ducha y para enjuagarse la cabeza se tenía que agachar. Al ser tan estrecha la bañera, apenas cabíamos, y eso nos obligaba a rozarnos constantemente. Después de enjabonarme de pies a cabeza, dibujando circulos prolijos, se agachó para darme un beso. Aún no me había lavado los dientes, pero eso ya no me importó. Intentamos tener sexo, pero el agua volvía el asunto un tanto rasposo. Además, ma había caído acondicionador en los ojos, y me ardían. Nos reímos de las complicaciones y decidimos completar el baño de forma tradicional. Yo proseguí a enjuagarme bien los ojos, por lo que estaba con los ojos cerrados. Inferí que Máximo, que ya se había enjuagado, ya habría salido de la bañera, pero cuando volteé para -de memoria- enfriar un poco el agua, sentí los pies calientes. Entonces abrí los ojos. Máximo seguía ahí, cómodo, y estaba haciendo pis al lado mío.

—¡¿Qué hacés?! —le grité enagenada, y él se rio.

—Tranquila. Todo se lava.

Aún no lo sabía, pero este sería el inicio del fin. Nuestra breve relación ya había pasado su pico.

Salí de la ducha y me fui a cambiar al cuarto. Máximo me siguió. Traía un bolso chiquito y lo puso arriba de una cómoda. Lo abrió, y adentro tenía su colección de cremas y tónicos anti-age.

—Tu hermana es muy agradable —me dijo mientras se untaba una de las cremas en la cara.

—Sí, no? Quiero ayudarla a rehacer su vida.

—Sos un ángel— me dijo él, y yo fingí una sonrisa.

Lo miré encremarse con delicadeza, en especial el contorno de los ojos y las comisuras de los labios. También se humectó el cuello y los codos.

—Está buscando trabajo —disparé, entonces— Por ahí necesitan a alguien

en alguna de tus tiendas. Ella tiene experiencia en ventas.

—¡Ja!— se rió él.

—¿Que?

—No, que me parece gracioso. No se, no creo que de con el perfil de nuestras empleadas.

—¿Y cual es el perfil de sus empleadas?

Mientras me hablaba, se miraba la piel en detalle, hechizado por su imagen reflejada en el espejo. Después se arrancó uno o dos pelos del entrecejo con una pinza de depilar.

—¿Juana, Cuándo viste a una mujer de cincuenta años vendiendo bicicletas?

—Vos debés rondar esa edad, y vendés bicicletas.

—Sí, pero soy hombre. Aparte, soy el dueño.

Entré en cólera, y él lo notó.

—Bueno, son políticas de la empresa. No contratamos a mujeres de más de veinticinco. Somos una empresa jóven. Es un tema de marketing.—remontó pensando que así salvaba la conversación.

Me acordé de la chica que nos había atendido en su tienda aquella vez. Parecía mejor de edad, y hasta usaba ortodoncia.

Máximo se me acercó para darme un beso en la frente, antes de buscar en el bolso un nuevo producto para su pelo, pero yo lo esquivé. Me puse a buscar el control remoto que, como siempre, lo había perdido.

Lo miré untarse el nuevo cosmético, dándole definición a cada rulo de su pelo. Lo hacía rápido, y uno por uno. Se ve que lo tenía automatizado.

—Pará, se me acaba de ocurrir un trabajo perfecto para tu hermana. ¿Sabe manejar?

—Si. De hecho ella me enseñó a mi hace mucho.

—Tal vez pueda trabajar con mi primo Charly, entonces.

—¿Ah, sí? —le dije con un poco más de entusiasmo.

—Mañana a primera hora lo contacto y le pregunto, si querés. Se que siempre necesita ayuda.

Máximo se acercó a la cama, estiró el acolchado, y encontró el control remoto. Después me logió las sábanas diciendo que eran muy suaves, me alcanzó el control y me dió un beso en la frente. Esta vez lo dejé. Después quiso aprovechar el envión para arme otro beso en el cuello, pero yo lo frené.

—¿De que es el trabajo? ¿Que hace tu primo?—le pregunté interesada.

—Tiene una flota de carrozas fúnebres. Traslada los cajones.

Me di vuelta para mirarlo a los ojos.

—¿Vos me estás jodiendo?

—¿Que tiene?

—Te digo que Matilda busca un trabajo en ventas, y me decís que tenés el trabajo perfecto... ¿Qué te hace pensar que ese es un trabajo que le puede interesar?

Máximo se vió desencajado.

—Bueno, eso no lo sé. Pero pienso que lo podría intentar… Tampoco es que tenga tantas opciones.

Lo miré con furia.

—¡No porque no sea capáz! Pero está grande.

—Tiene una licenciatura y mucha experiencia en ventas.

—Sí, está bien. Pero también es vieja.

Cada palabra que salía de él me revolvía el estómago.

—Estoy cansada. Me quiero ir a dormir.

—Te puedo hacer masajes hasta que te quedes dormida.

—No. Te cambias y te acompaño a la puerta.

Máximo me agarró el pie, y yo lo sacudí.

—Relajate! — me ordenó con un tono grueso, que nunca le había

escuchado antes.

Me quedé callada mientras me empezaba a masajear. El volvió a su cara amable, y yo disfruté del amase de los tejidos de dos pies tiesos.

—Me quiero quedar a dormir. ¿Puedo? —me preguntó como un niño que le pide permiso a la mamá, mientras sus dedos firmes me arrullaban.

Me ganó el relajo.

—Bueno, pero te vas a primera hora, que tengo cosas que hacer a la mañana —le contesté, ahora como buena madre.

—Sí, sí — me contestó obediente.

—Bueno, buenas noches —Me saqué sus manos de encima, le di la espalda y pagué la luz.

Máximo, buscó acercárseme sigiloso, y yo lo aparté. Mi deseo sexual era nulo. Se había empezado a apagar en el momento en que su orina había entrado en contacto con mis pies.

Máximo sabía que había hecho algo mal, pero no estaba seguro de que. Insistió en abrazarme desde atrás como un niño que pide disculpas sin saber siquiera por qué, solo para que le den un caramelo. El no iba a recibir ningún caramelo esa noche.

Le sentí la respiración en la nuca, e inmediatamente me acordé de Carlos, aquel psicópata que conocí online. ¿Por qué seguía acostándome con gente que apenas conocía? Me sentí una estúpida. Esa noche apenas pude cerraer un ojo. Estaba tensa y, para mi sorpresa, extrañé a Esteban.

A la mañana siguiente, cuando vi a Máximo durmiendo tranquilamente al lado mio, sentí culpa. Esteban me iba a pasar a buscar al mediodía para ir al casamiento. Vi a Máximo tapado y cómodo. Dormía con una sonrisa, y yo solo deseaba que se fuera. Me levanté y me duché otra vez. Ahora me frotaba el jabón con vigor excesivo, como quien intenta borrar la prueba de un delito. Quería estar «limpia» para Esteban. Volví a la habitación a cambiarme y Máximo estaba despierto. Me miraba absorto.

—¿Sos como un unicornio. Sabías? —me dijo con ternura.

Su melocidad me asqueaba. Lo ignoré, mientras buscaba ropa en la cómoda.

El prosiguió.

—Cuando le dije a mi mamá que te había conocido, se puso muy feliz. Y cuando le dije ayer que te iba a volver a ver, se alegró mucho.

Me mostré cordial y le pedí que por favor se vistiera pronto porque yo ya me tenía que ir. Lo hizo y le fui a abrir la puerta.

—¿Cuándo te vuelvo a ver? —me preguntó feliz, como siempre.

Me di cuenta de que, como un chico, no sabía leer indirectas. Por más que lo ignorara, él no infería mi desprecio.

—Yo te llamo —le contesté, y cerré la puerta atras de él.

Me tiró un beso en el aire y se fue, y yo sentí un alivio muy grande.

Capítulo 9

La Leona Campeona

Crecer con una mamá esquizofrénica no fue fácil. De chica viví momentos un poco raros. Había días en los que me sentía muy amada por ella, y otros en los que sabía que no me le podía acercar porque era probable que me tratara mal. A veces, le gusta desaparecer. Se iba de casa, y mi papá explicaba su ausencia diciendo que había salido de viaje a visitar a la familia de Córdoba. Yo sabía que era mentira. Sabía que se iba a instalar a un hotel que quedaba a veinte minutos de casa.

Me acuerdo de una vez que volví del colegio y ella recién llegaba de uno de sus "viajes." Corrí a darle un abrazo y, sin explicación, me empujó al piso. Ahora entiendo que antes de acercarmele la tengo que mirar a los ojos, como cuando me acercó a intentar acariciar a un perro desconocido.

Los días en los que me quiere hablar siempre estoy ahí para ella y aún disfruto compartir momentos de regocijo, aunque ella marque la pauta de cuando y donde. Ahora ya no es violenta físicamente, aunque a menudo si me hiere con palabras. Por suerte, mi mamá encontraba refugio en la escritura y, la verdad, era muy buena en lo que hacía. Cuando trabajaba en un proyecto parecía que su vida por fin cobraba sentido. Por lo general, cuando se sumergía mucho en la escritura, se volvía fría y hostil, pero eso no me molestaba. Sabía que su cabeza estaba en otro lado. Un lugar al que me hubiese gustado visitar, pero al que nunca fui invitada. Igual, me gustaba saber que estaba haciendo algo que amaba, aunque a veces sospechara que lo amaba más de lo que me amaba a mí.

Era evidente que ahora estaba pasando por una de sus "etapas": Se había alejado de todos y se había dejado de bañar. Como si andar sucia por la vida fuera su rebelión, o su forma de decirnos «me importás tres carajos». Ella decía que no bañarse era parte de su proceso creativo. Que las tareas mundanas como acicalarse o preparar la comida, la sacaban de su micro-clima.

Después de todo, parece que escribir libros de autosuperación no es tan fácil como parece. Había escrito por lo menos diez libros que se habían vendido muy bien. Yo tenía todos los ejemplares, los compraba apenas salían y los engullía en días, no porque me interesaran demasiado los temas, sino porque sentía que los textos me acercaban a ella, y cuando los leía podía escuchar su voz. Por escrito era cálida. Yo subrayaba algunas frases que me imaginaba que me había dedicado. Era raro para mí leer a alguien que escribía con tanta paz, cuando sabía que en su vida reinaba todo lo contrario, pero me aliviaba saber que en alguna parte de su ser ella era un ser humano empático y «normal». Además, ayudaba a sentirse mejor a miles de lectores desconocidos. Cuando la veía pasar

por un ataque nervioso recordaba algún pasaje de sus textos que me había marcado y esa contradicción, por mucho tiempo me hizo ruido, pero ahora la entendía. Aún hoy tomo consejos de sus libros antes de tomar algunas decisiones. Después de todo, fue una buena madre; los mejores consejos que he escuchado jamás, de alguna u otra manera, habían venido de ella.

Esteban pidió permiso para invitar a Matilda al casamiento, y Matilda estaba encantada con el plan. Lo vió como una oportunidad para conocer hombres, e invirtió un buen dinero en maquillaje y peluquería. Cuando volvió a casa después de pasar cuatro horas en la peluquería, quedé en shock. Tenía la cabellera inflada como la melena de un león, desmarañada y atestada de fijador. Los ojos, que estaban delineados con un lápiz negro y grueso, le hacían resaltar el carente verde de su iris. Si algo no iba a ser esa noche era invisible. Además, se había comprado un vestido de piedras plateadas largo hasta el piso, que tenía cortado un tajo muy profundo y la espalda descubierta. No había forma de que pasara desapercibida. Desde el primer momento en que pisó la recepción del evento, ella estaba en boca de todos. ¿Quién era esa mujer pintarrajeada y diminuta que nadie conocía? De lejos se confundía con Gloria Trevi. Todos la miraban y ella caminaba con la gracia de una gacela. De cerca, el olor a fijador mareaba un poco. Matilda estaba felíz y radiante como nunca. Nos sentamos, con el grupo de amigos de Esteban, en una mesa larga que estaba junto a la de los novios. Ahí estaban los mismos de siempre, solo que ahora vestidos de punta en blanco y dispuestos a bailar hasta sacarle brillo a la pista. Los novios eran, del grupo, a los que yo menos conocía. Noté que cuando Esteban se acercó a saludar a Carla, la novia, le habló al oído por un rato largo. Después se abrazaron con fuerza. Eso me sorprendió un poco. El prácticamente nunca la nombraba, pero al parecer era un muy cercanos. Con el novio, en cambio, se comportó un poco más frío.

Carla era larga y flaca, y caminaba un poco encorvada. Tenía el pelo castaño, con reflejos rubios luminosos que nacían desde la raíz. Era linda, pero no tanto. Abajo de los ojos tenía pozos un par de tonos más oscuros que el de su piel que, aun con el maquillaje, eran imposibles de ocultar. Tenía el labio de abajo más finito que el de arriba, y cuando sonreía se le veían todas las encias. Al verla fundirse con Esteban en ese abrazo cálido, me di cuenta de que tenía unas manos muy bonitas, con unos dedos largos y refinados. Me pregunté si tocaría el piano.

Finalmente, llegó el momento del brindis y el padre de la novia fue el primero en hablar. Ella seguramente había sacado el temple de él. Era largo y flaco, y también encorvado. También tenía un bigote espeso, y al parecer le gustaba bromear.

—¡Por fin! Después de tanta espera… Ya nos estábamos empezando a preocupar ¿O no, Marta? —le preguntó a su mujer y le dió un codazo

cómplice. Ella asintió—. Quiero hoy darle las gracias a Dios y a la vida por darnos la oportunidad de ver a nuestra hija casarse. —Después miró a la novia a los ojos—. Cuando cumpliste cuarenta nos dimos por vencidos —dijo en tono de chiste, y todos, incluída la novia, se rieron—. Pero acá estás, casándote de blanco. —Su mujer sollozaba emocionada—.

Miré a mi alrededor y a nadie parecía hacerle ruido sus palabras. Mas bien se reían de sus chistes y emocionaban con el relato. La busqué a mi hermana, y ya no estaba sentada al lado mío. Divisé su melena a lo lejos. Hablaba en el jardín a carcajadas, rodeada por tres muchachos del catering.

Después habló Marta, la madre de la flamante novia, y alzó su copa de champagne.

En esta noche preciada, quisiera que todos brindemos por esta pareja soñada, pero por Carlita especialmente, que no solo está cumpliendo con este sueño maravilloso, sino que además hoy le toca brindar con una copa de jugo de naranja, porque estoy felíz de anunciar que nos dará un precioso nieto —compartió conmovida. Todos aplaudimos, el novio le acarició la panza a su mujer y los dos se besaron—. Y mirá que nos hiciste esperar, ¿Eh?… ¡Doce años estuviste con tu novio anterior, que no se quería casar, que no se quería comprometer! Yendo y viniendo, peleándote y reconciliándote… Básicamente, sin rumbo.

Todos se rieron. Especialmente mis compañeros de mesa. ¿Acaso era yo la única que pensaba que estos comentarios estaban un poco fuera de lugar?

El novio, entre carcajadas, pidió un micrófono para interrumpir las palabras de Marta.

—Y yo a él le quiero dar las gracias… ¡Por dejarme la vara tan baja! —articuló entonces, con la mirada clavada en nuestra mesa.

De pronto Esteban, que estaba al lado mio, corrió la silla y se levantó del asiento. —¡Un placer!— entonó en voz alta, y todos comenzaron a aplaudirle y a reir a carcajadas, como si se tratase de un show de stand up.

Carla le tiró a Esteban un beso en el aire, y eso me hizo sentir sumamente incómoda.

Esteban había estado en pareja durante doce años y yo no estaba enterada. No es algo tan terrible, ¿No? El hecho de que yo no tuviera un gran pasado sentimental no implicaba que él tampoco lpudiera tenerlo. Me pregunté que otros secretos me escondería el grupo. De pronto me sentí sola. Sentí que todos se estaba riendo de mi. Escuché un latido muy

fuerte que no me dejaba pensar con claridad y no supe si era el sonido de mi corazón o el de mi reloj biológico, que daba sus últimas pulsiones como latigazos.

Me aislé de la fiesta y vi a la gente bailar desde lejos. Después, inmediatamente empecé a escuchar voces. ¿Que me estaba pasando? Tal vez estaba teniendo mi propio episodio de esquizofrenia. Desde lejos, vi a Esteban bailar con la novia como grandes amigos. No me gustaba la idea de ser la pareja del «defectuoso», al que Carla había descartado y que ahora era un chiste para todos. No quería conformarme con las sobras. Fui en busca de mi hermana, que ahora bailaba con dos de los hombres. Meneaba la melena de izquierda a derecha y ya se había despojado de sus zapatos para moverse más cómoda. Escuché a lo lejos que algunos, por pasar la velada rodeada de hombres, la habían apodado «La Leona Campeona».

Escapé de Esteban todo lo que pude y me refugié en el whisky. Hice cuentas y di cuenta de que todos los invitados estaban en pareja, a excepción de la leona desaforada y su séquito de seguidores. Rápidamente llegó el cotillón y todos bailaron la Macarena. Esteban se movía divertido con sus amigos y yo sentía que se había olvidado completamente de mí. A veces, salir con Esteban era como salir sola. Sentí la respiración cortada y mucha ansiedad. No estaba acostumbrada a tomar tanto whisky, y menos a mezclarlo con vino y champán. Dos invitados que salían del baño me miraron con preocupación y me sentí juzgada. ¿Tan mal me veía? Me senté y pensé en mi mamá. Pensé en todas las veces que la había juzgado. Después de toda una vida de verla como a una extraña, me daba cuenta ahora de que éramos más parecidas de lo que pensaba. ¿Qué consejo podría sacar en este momento de sus libros de autosuperación? La extrañé. Agarré el teléfono para llamarla y vi que ella ya me había ganado de mano. Para mi sorpresa, tenía diez llamadas perdidas de ella. La llamó en seguida, y me contestó al primer timbrado.

—Se murió mi papá —me dijo en seco, apenas atendió.

Le pregunté en dónde estaba y, sin dudarlo, me fui de la fiesta.

Capítulo 10

Navidad del 98

Pasé la mañana en casa de mi tía ayudando con los preparativos del velorio y entierro de mi abuelo. Cuando se es parte de una familia tan grande como la mia, este tipo de sucesos se vuelven grandes eventos. Me senté frente a la computadora con mi tía a armar el presupuesto, y me sorprendió mucho lo caro que era todo. Desde el alquiler de las sillas, hasta el precio de las velas y las flores. ¡Definitivamente la muerte es un gran negocio! Todas las mujeres de la familia se habían juntado a organizar, pero eramos solo nosotras dos las que estábamos trabajando. El resto, básicamente parloteaba y comía bizcochuelo. Mi mamá, posiblemente producto del clonazepan, estaba muda. Las primas hablaban a los gritos, tapándose la voz la una a la otra y sin escuchar. Si algo bueno traía esta circunstancia, era que por primera vez en años la familia se volvía a juntar, y eso me revolvía recuerdos de la juventud. Matilda era de las más eufóricas y, lejos de comprometerse con la causa, ocupaba el tiempo en intentar convencer a las solteras del grupo de organizar un viaje en crucero por el mar Caribe el año entrante.

—Es un crucero de solteros. Solos y solas. Sin parejas y, lo que es aún más importante...¡Sin niños! —exclamó vibrante.

Desde que se había enterado de que la nueva mujer de su ex esperaba un hijo, mostraba hacía los chicos insólita aberración. Me concentré en la computadora en pos de esquivar el barullo. Entonces fue que, navegando por internet, emergió un anuncio que me distrajo y llamó mi atención. En letras grandes y sólidas el título anunciaba: «¿Querés ser donante de óvulos?». Clickié en el banner casi que por inercia. Pensé que eso era ilegal en Argentina. En la página, me encontré con una sección de *blog* en la que usuarios anónimos publicaban distintas fotos de bebés y otros las comentaban. Circulé por las publicaciones y noté que en todas se trataba de chicos de tez muy blanca y de ojos grandes, verdes o azules. Abajo de las fotos de un chico encantador, leí el comentario: «¿Alguien sabe qué número de donante fue este?»; y otro contestó: «Sí, es el 647363268». Solo faltaba que agregaran "Precio por MD." Había entrado a un mundo completamente nuevo para mi. Había entrado al mercado de los genes. ¿Cuánto saldría esta locura? Posiblemente un dineral. Me acordé de la secuencia de números que tenía Máximo tatuada en el antebrazo. ¿Cuánto le habría costado Valeria? Me acordé también de las fotos que nos había mostrado de ella. Al igual que estos chicos, tenía ojos grandes y claros y una nariz diminuta, como un personaje de animé. Todos se veían parecidos. Pensé en Máximo y después me acordé de que tenía un pariente que trabajaba en una funeraria. ¿Y si lo llamaba? Las cosas no habían terminado del todo bien entre nosotros, pero tal vez nos pudiera dar una mano con la planificación. Le escribí un mensaje saludándolo y él

me llamó de inmediato, y en cuanto le comenté que mi abuelo se había muerto, del otro lado escuché un sollozo. Después, con la voz entrecortada, me dijo que quería ocuparse de su funeral.

—No puedo pedirte que te encargues de esto.

—Pero lo quiero hacer... por él —me contestó, como cuando insistió en ayudar a que le cambien el pañal.

Por supuesto que sus palabras me resultaban de lo más insólitas, pero él era así.

—Mira, es muy simple —prosiguió—. Mi primo Charly se encargará de la parte que él conoce bien y yo de organizar el evento. Solo necesito que me des algunos datos. Bueno, ahora voy manejando. ¿Pero te parece si le digo a mi asistente que te llame en veinte?

—Pero mira que somos una familia muy numerosa —intenté advertirle.

—No me cuesta nada, en serio. Quiero hacerlo. Siento que se lo debo a él y a tu familia.

Le comenté la idea a mi tía, y se le dibujó una sonrisa en la cara. Se acordaba de Máximo perfectamente. El era de esas personas que dejan huella por donde van.

Las familias numerosas necesitan de líderes y personas comprometidas para funcionar en grupo, y en la mia no las había. Nadie quería hacerse cargo de nada, y tener que lidiar con todo practicamente sola se me hacía injusto. Además, a pesar de su excentricidad, sabía que Máximo era un hombre de palabra. Cada cosa que me había prometido antes, la había cumplido. Le agradecí y acepté su ayuda. Entonces, ya más relajada, me uní al grupo a comer y a escuchar acerca de las planificaciones de aquel viaje en crucero. Mas tarde coordiné detalles con su asistente, y ese fin de semana tuvimos el evento.

Esteban se sentía tan culpable de no haberme dado bolilla en el casamiento que, cuando se enteró de lo ocurrido, imploró ser invitado al velorio. Lo invité sin pensarlo demasiado. Pasó por mí y fuimos juntos.

Llegué al velatorio con Esteban a la hora estipulada. Increíblemente, el lugar del evento era otra de las sucursales de Bicimundo. La entrada estaba repleta de globos de colores y tenía un banner en el centro que decía: «Celebrando la vida de Filiberto». Al entrar, mas que en un velorio, sentí que estaba en una fiesta para chicos. Me topé rápidamente con Máximo y su hija, Valeria. A Máximo y Esteban los presenté brevemente como «amigos» y noté que a los dos eso les disgustó. Cuando se conocieron me interesó ver como dos mundos que vibraban en

frecuencias diferentes ahora se palpaban. Fueron muy amables el uno con el otro, y Esteban —que adoraba a los niños— terminó jugando con la rubia hija de Máximo en el pelotero. Junto a las mountain bike se encontraba el cajón: blanco, moderno y, para mi sorpresa, abierto. Poco a poco fueron llegando tíos y primos y yo me ocupé de recibirlos con naturalidad, como si este estilo de celebración hubiese sido idea mía. Llegó también mucha gente que yo no conocía, y en poco tiempo contabilicé cerca de doscientas cincuenta personas. Entre la multitud, a lo lejos, la silueta de un hombre me resultó conocida y me erizó la piel. ¿Era él? Tal vez alucinaba porque estaba cansada. Fui de inmediato por un vaso de agua.

Junto al pelotero en el que jugaba Valeria vi a Esteban charlar con una chica joven y atractiva. Tomé un buen sorbo de agua y seguí deambulando.

Aunque había perdido a aquella figura perturbadora entre el alboroto, igualmente sentía ansiedad. Ya había soñado hartas veces con que volvía a encontrármelo. Respiré hondo e intenté calmarme. No tenía sentido que él estuviese en el velorio.

Al poco tiempo también llegó mi papá y saludó a Máximo calurosamente. Hasta donde yo sabía, mi papá nunca había tenido buena relación con mi abuelo, y no estaba segura de lo que mi mamá pensaría al respecto. Como tantos otros, deduje que había sido invitado por Máximo. Si había tantos invitados era también porque Máximo se había tomado el atrevimiento de invitar a gente por su cuenta. ¡Este era el velorio de mi abuelo, no su cumpleaños! ¿Había aprovechado para hacer de esto un evento social? Como siempre, Máximo quería lucirse. Me pregunté si a mi abuelo le molestaría que hubiese tantos desconocidos o si estaría de acuerdo.

Había un catering y una barra de tragos, y no había visto a tanta familia junta desde la Navidad de 1998. Solo esperaba que esta vez no terminaran todos peleando, como había ocurrido en aquella ocasión. Tener una barra, de cualquier manera, creo que fue acertado. Era tan extraño todo que tomar un poco de alcohol parecía una excelente idea. Creo que mi mamá pensó lo mismo, porque, aun muda, se apegó a la barra y al vodka como pudo. La ceremonia religiosa fue breve y después se concedió un momento para que los familiares que así lo sintieran compartieran algunas palabras acerca del fallecido. Yo no me acerqué a decir nada porque sentía que no lo conocía lo suficiente. Mi mamá tampoco. Hablaron varios de mis tíos y primos, rememorando situaciones e historias del abuelo Filiberto. Un compañero del servicio militar, de cien años, también se paró frente a la multitud a compartir anécdotas de su juventud, algunas muy chistosas de cuando salían de fiesta, o de cuando mi abuelo escondía alcohol en sus zapatos para tomar en las mañanas frías de entrenamiento, siempre enfatizando lo feliz y descontracturado que era.

Me sorprendieron sus palabras, porque el Filiberto que yo había conocido distaba de ser tan relajado. Claramente envejecer cambia a la gente.

Cuando todos terminaron de pasar, Máximo dijo que también quería decir unas palabras. Primero agradeció a los invitados por haber venido y después contó, entre lágrimas, una descripción minucioso acerca de la vez que le había cambiado el pañal, su única anecdota con él, claramente. Me pareció patético y sentí vergüenza ajena, y creo que Esteban lo notó, porque de inmediato me agarró de la mano. En todo el tiempo que llevábamos juntos, nunca lo había hecho antes, y me pareció raro que escogiera este momento para hacerlo por primera vez. Pensé que quizá lo hiciera por empatía, o por ahí porque quería «marcar territorio». Creo que olfateó que Máximo podría ser algo más que un amigo. Yo acepté su mano porque, en definitiva, estaba afligida. Después de todo, se trataba del velorio de mi abuelo y, por más que no lo había llegado a conocer tanto, estaba triste.

A un costado vi a la hijita de Máximo jugar con las chicas jóvenes del local, todas luciendo un uniforme de pollera corta y blusa escotada que seguramente Máximo había elegido. También, en el grupo, estaba la misma mujer joven que antes charlaba con Esteban.

—¿Quién es? —le pregunté, señalando a la jóven.

—Es Melina, la niñera de Valeria —me contestó.

Me di cuenta de que ella lo miraba mucho a Máximo, y también que el azul esmeralda de sus ojos era idéntico al de los ojos de Valeria. «¿Serián hermanas? O… ¿será la donante? Mi pensamientos se vieron interrumpidos rápidamente, cuando sentí que alguien posaba una mano fría en mi espalda. Me di vuelta intranquila y, entonces, confirmé mi miedo. La silueta que había visto a lo lejos era la que sospechaba. La de Carlos, el demente que hacía poco había conocido online, y estaba frente a mi, vestido de negro y mirándome a los ojos, sonriente. ¿Qué hacía él ahí? Quise decirle algo, pero no me salió ninguna palabra de la boca. Sentí pavor. Vi en primer plano sus dientes grandes blancos, y entré en razón: Carlos era Charly, el primo de Máximo. En cuanto lo identifiqué, solté un grito nervioso y se me estremeció el corazón. En el escenario, Máximo lloraba y demostraba con sus manos las maniobras que había realizado el día en que ayudó a la enfermera a cambiar el pañal. Carlos se acercó a darme un beso posando sus manos en mis caderas y eso a Esteban no le gustó. Esteban reaccionó posesivo, alejándole la mano de cuerpo. Carlos, perplejo, reaccionó pegándole a Esteban una bofetada en la cara que prácticamente lo tiró al suelo. Todos voltearon a vernos, Máximo incluido.

—¿Que está pasando? —exclamó Máximo desde el frente.

Todos los invitados nos miraban y comentaban. Ya empezaban las peleas y la reunión se asemejaba cada vez más a la de aquella Navidad.

Ante la mirada enfadada de Máximo, Carlos miró al suelo arrepentido.

—Perdón, fue una reacción nerviosa. Se disculpó Carlos conmigo, y después mi papá se acercó para cerciorarse de que tod estuviese bien. Carlos, intimidado, se disipó entre la multitud, y yo me agaché para asistir a Esteban.

—¿Esta es tu familia? —me contestó, en tono de crítica, mientras se tapaba la nariz inflamada con la mano.

Yo le contesté que no. Él me miró con cara de decepción y se alejó.

Ver el cajón abierto me generó tristeza, aunque también sabía que mi abuelo seguramente prefería estar ahí metido que presenciar este evento ridículo.

Mas tarde todos habían olvidado el incidente y escuchaban en silencio a algunas de las empleadas, escotadas, cantar el Aleluya de Haydn a capela en el escenario. Pensé en mi mamá y la vi abrazada a Matilda y a otra de sus hermanas, no por estar emocionada, sino porque la mezcla de alcohol y antidepresivos no la dejaba mantenerse en pie.

Máximo se acercó a pedirme disculpas:

—Quiero pedirte perdón por el comportamiento de mi primo. A veces no sabe relacionarse con los vivos, por eso trabaja con los muertos.

—No te preocupes. Está bien —le respondí en voz baja.

Entendí que Carlos tenía el trabajo perfecto para él, porque a un muerto no tenía cómo hacerle daño.

Noté que Máximo tenía una gardenia en el bolsillo de su saco y se la pedí.

El jovial canto de las chicas escotadas los tenía a todos conmovidos. Luego, uno a uno, fuimos pasando frente al cajón para darle al abuelo el último adiós. Pensé en Máximo y en Esteban, y comprendí sus miedos: el primero tenía miedo a crecer y dejar de ser el centro de atención de la fiesta; el segundo, no se animaba a comprometerse por miedo a ser lastimado.

Estos tipos de eventos son duros porque nos ponen cara a cara con un miedo que todos debemos afrontar, especialmente cuando estamos entrando en cierta edad. Nos damos cuenta de que ya no nos queda una vida entera por delante como si la tienen las chicas de los escotes, y está

bien. Un poco, se siente como que entramos en una cuenta regresiva, y sabíamos que ya no hay tiempo que patear hacia adelante. Las decisiones son ahora. Me daba cuenta de que obrar por miedo o presión, como proponía Matilda, no me iba a llevar a ningún lado; de que tal vez yo tenía otras maneras de sentirme realizada, y de que la vida en pareja no era para todos. Sentí el deseo de estar junto a mi mamá. Me acerqué a darle la flor y caminamos juntas hasta el cajón. Tal vez envejecer solo no sea algo tan terrible. Mi abuelo, a pesar de tener muchos hijos, decidió aislarse y hasta esperó al momento en que no había visitas en la habitación para morirse.

Antes de acercarme a verlo por última vez, miré a mi alrededor y noté que todos lagrimeaban. Todos lo estabamos pasando mal, menos el muerto. Tal vez morir no fuese algo tan grave, después de todo. «Al hombre le gusta sufrir por adelantado», me dijo mi mamá en voz baja mientras olía la flor. Yo miré a mi abuelo y lo noté por primera vez en mi vida con la cara relajada. ¿Acaso estaba recibiendo una enseñanza en vivo por parte de mi mamá? No recordaba haber leído esa frase en ninguno de sus libros.